

ZORRILLA Y MORAL, JOSÉ (1817-1893)

*TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR*

*Drama histórico*

PERSONAJES

DOÑA AURORA.

GABRIEL ESPINOSA.

DON RODRIGO DE SANTILLANA, *alcalde de casa y corte.*

DON CÉSAR DE SANTILLANA, *capitán de jinetes del primer tercio de Flandes.*

UN ESCRIBANO.

SOLDADOS.

OTROS CRIADOS.

ARBUÉS.

BURGOA Y NAO D'ANDRADE.

EL MARQUÉS DE TAVIRA.

EL DOCTOR N.

ALGUACILES.

UN CRIADO DE BURGOA.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid; y el tercero, en Medina del Campo, en el año de 1594 de N. S. J. C.

ACTO I

Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.

*Escena I*

BURGOA, que aparece; un CRIADO que sale por el fondo.

CRIADO

Señor amo.

BURGOA

¿Qué hay?

CRIADO  
Un hombre.

BURGOA  
¿Qué quiere?

CRIADO  
Veros.

BURGOA  
Que pase.

CRIADO  
Entrad aquí, seor hidalgo.

*Escena II*

BURGOA; el MARQUÉS, embozado.

MARQUÉS  
Buenas noches.

BURGOA  
Dios le guarde.

MARQUÉS  
¿Eres tú el huésped?

BURGOA  
Yo soy.

MARQUÉS  
¿Luis Burgoa?

BURGOA  
Y Nao d' Andrade.

MARQUÉS  
¿Portugués?

BURGOA

Lo canta el nombre:  
de Alfontes, en el Algarbe.

MARQUÉS  
Paisanos somos.

BURGOA  
¿Sois vos  
también?...

MARQUÉS  
Escúchame y cállate.

BURGOA  
Callo y escucho.

MARQUÉS  
Esta noche  
vendrá a pedir hospedaje  
en esta posada un hombre,  
cuyas señas voy a darte  
para que no le equivoques.  
Edad, cuarenta años; traje  
negro, cabello rapado,  
barba crecida, semblante  
pálido, mirada de águila,  
sonrisa triste, andar grave.

BURGOA  
Con tantas señas, señor,  
que le equivoque no es fácil.

MARQUÉS  
Aún faltan más; una dama  
en su compañía trae  
de apenas diecisiete años,  
y haciendo veces de paje,  
viene sirviéndoles a ambos  
un veterano de Flandes,  
en quien, por más que se afana  
por tosco labriego en darse,  
se revelan a la legua  
las costumbres militares.  
Lo mismo sea sentirles  
a tus puertas acercarse  
con luz y sombrero en mano

saldrás hasta los umbrales;  
mandarás de sus caballos  
cuidar, y sus equipajes  
subir a los aposentos  
mejores que puedas darles.  
Los servirás a su antojo  
los más sabrosos manjares  
y los vinos más añejos,  
y entre tanto que ocuparen  
cuarto en tu posada, en ella  
no recibirás a nadie.  
Yo toda entera la alquilo  
para ellos. Ahí va parte  
del gasto que hacerte puedan.  
Cuando esa suma se acabe  
te rellenaré esa bolsa;  
lo que sobre, para gajes  
del huésped y de los mozos.  
Adiós y silencio, Andrade.

BURGOA

Un momento, caballero.  
¿Y si ese hombre preguntare  
quién paga su gasto?

MARQUÉS

Nada  
digas.

BURGOA

¿Y si se obstinare  
en saberlo?

MARQUÉS

Guardarás  
silencio; y la cuenta al darme  
tu silencio y sus porfías  
pondrás como cantidades  
en guarismos, y yo sólo  
veré las sumas totales.  
Pero ten cuenta, Burgoa,  
porque el oro que aquí ganes  
crecerá con tu prudencia  
y te se irá con tu sangre;  
porque indiscreciones de oro  
con hierro es bien que se atajen,

y fortuna que se canta  
siempre se la lleva el aire.

BURGOA  
Señor...

MARQUÉS  
Adiós, que no quiero  
que aquí, si llegan, me hallen.

(Vase.)

*Escena III*

BURGOA; después, DON CÉSAR.

BURGOA  
¡Aventura más extraña!  
Alguna apuesta; algún lance  
de amor; pero ¿qué me importa  
a mí? Lo que es indudable  
es que el bolsillo está lleno  
de doblillas: ¿para gajes  
las que sobren? ¡Bah! Lo menos  
ciento por veinte. Adelante.

CÉSAR  
(Saliendo.)  
Buenas noches.

BURGOA  
¿Qué se ofrece?

CÉSAR  
Hablar con el dueño.

BURGOA  
Habladle.

CÉSAR  
¿Eres tú?

BURGOA  
Yo mismo.

CÉSAR  
¿Estamos  
solos?

BURGOA  
Sí.

CÉSAR  
Atento estáme.  
Tres personas a tu puerta  
vendrán muy pronto a apearse:  
un hombre galán, de pálido  
rostro y de noble talante,  
una dama tan hermosa  
como pintan a los ángeles,  
y un escudero que tiene  
mezcla de asistente y paje.  
Dales lo mejor que tengas,  
como a príncipes regálales;  
lo que no poseas, cómpralo  
y en el precio no repares.  
Ahí tienes doscientos pesos  
en oro: cuando los gastes  
en su servicio, me pides  
más, y si sobran, por gajes  
te los embolsas, con ceros  
sumas y cuentas cabales.

BURGOA  
Caballero, perdonad,  
pero habéis llegado tarde.

CÉSAR  
No te entiendo.

BURGOA  
Un embozado  
que salía cuando entrabais  
os ha ganado la mano,  
y para esos personajes  
por quien os interesáis,  
con palabras semejantes,  
a las vuestras ha alquilado  
y pagado el hospedaje  
de mi casa con el oro

de este bolsillo: miradle.

CÉSAR

¿Y quién era ese embozado?

BURGOA

No le conozco.

CÉSAR

¿Su traje,  
su porte ni sus palabras  
indicios no pueden darte  
de quién sea?

BURGOA

No, señor  
militar; ni su semblante  
vi jamás, ni haber oído  
recuerdo en ninguna parte  
su voz.

CÉSAR

¿Es joven o viejo?

BURGOA

¿No le habéis visto?

CÉSAR

En la calle  
estaba ya cuando yo  
llegaba a tu puerta, y casi  
no puse atención en él.

BURGOA

¡Es un señor respetable,  
de barba gris, noble y rico.

CÉSAR

¿Noble y rico? ¿De qué sabes  
que lo es si no le conoces?

BURGOA

Dan en él lo muy bastante  
a conocer la riqueza  
su oro y su modo de darle:  
y la nobleza, además

de su tono y de sus frases,  
el aroma que se exhala  
de su valona y sus guantes.

CÉSAR

Pues, señor, ¡cómo ha de ser!  
Dijiste bien: llego tarde.  
Restame, pues, solamente  
mis ofertas reiterarte:  
emplea ese oro a gusto  
de quien le da, y lo que falte  
yo lo abono; y a otra cosa,  
que el tiempo vuela. Melquiades,  
(Asomándose a la puerta.)  
acomoda los caballos  
en la cuadra.

BURGOA

Dispensadme,  
capitán: no puede ser.

CÉSAR

¿Por qué?

BURGOA

Porque no hay vacante  
un solo pesebre en ella.

CÉSAR

Pues en ese caso dame  
un cuarto a mí y una cama,  
y que se vaya Melquiades  
con los caballos.

BURGOA

Tampoco  
puedo servirlos.

CÉSAR

¡Bergante!  
¿Intentas burlas conmigo?

BURGOA

¡Dios me libre de burlarme  
de tan gallardo mancebo!  
Mas tengo orden terminante



de aquel embozado incógnito  
de no recibir a nadie  
por esta noche en mi casa  
más que a ellos. Excusadme,  
pues, capitán.

CÉSAR

Pues entonces

(Se sienta.)

dame un bocado que el hambre  
me satisfaga, y un trago  
que me remoje las fauces.

BURGOA

Señor, todo está comprado  
y nos cansamos en balde.  
Pues que por esos viajeros  
os interesáis, dejadles  
libre la casa, y no hagáis  
que yo a mi palabra falte.

CÉSAR

El caso es que a mí me importa  
en esta casa quedarme  
por esta noche y es fuerza  
que me quede.

BURGOA

Pues en grave  
compromiso me ponéis  
si os quedáis, y por mi parte,  
por cuantos medios me ocurran  
estoy dispuesto a evitarle.

CÉSAR

¿De modo que te propones  
en la plazuela plantarme  
en una noche como ésta,  
con frío tal, oro y hambre?

BURGOA

Sí, señor.

CÉSAR

¿Sin mas razones?

BURGOA

Os llevo dadas bastantes.

CÉSAR

Pues, señor, lo siento mucho;  
mas fuerza es que te se alcance,  
pues no eres tonto, que cuando  
muestro empeño semejante  
en hospedarme en tu casa,  
no vine para marcharme  
de ella otra vez despedido  
como un buhonero errante.

BURGOA

Pues mirad cómo ha de ser.

CÉSAR

Así: toma y lee si sabes.  
(Le da un papel.)

BURGOA

¿Y qué es esto?

CÉSAR

Lee.

BURGOA

(Leyendo.)

«Dará

Luis Burgoa Nao d'Andrade  
alojamiento en su casa,  
número dos de la calle  
de la Antigua, al capitán  
del primer tercio de Flandes  
don César de Santillana  
con seis jinetes».

CÉSAR

Cabales.

Burgoa, en nombre del rey  
vas a ofrecerme de balde  
lo que por oro me niegas.

BURGOA

La boleta haré que os cambien  
a cualquier costa.

CÉSAR

Será

trabajo inútil: es tarde.

BURGOA

No importa: tengo dineros  
y muy buenas amistades  
hoy en el Ayuntamiento.

CÉSAR

Pues, Burgoa, no las canses  
inútilmente esta noche;  
porque, a más de que es mi padre  
juez de la chancillería  
y de casa y corte alcalde,  
tengo seis hombres abajo  
y un escudero, incapaces  
de obedecer otras órdenes  
que las que yo quiera darles,  
que del umbral de la puerta  
no permitirán que pases.  
Conque cede a mis razones,  
que son, a fe, terminantes,  
y dame luz, cena y cuarto,  
que con ese personaje  
misterioso, seré yo  
solamente el responsable  
de todo, en nombre del rey.

BURGOA

Callo al rey.

CÉSAR

Y muy bien haces,  
que contra el rey nadie es cuerdo  
en oponerse. Melquiades,  
toma luz y desensilla  
a Bayardo; a acomodarme  
voy en algún cuarto bajo  
para que cuando llegaren  
esos huéspedes, en casa  
ya pagada no me hallen.

BURGOA

Capitán, pues no hay remedio,

yo os ruego con la más grande  
humildad que os alojéis  
en una sala que cae  
al huerto que tengo a espalda  
de la casa.

CÉSAR

Que me place  
te digo el alojamiento.  
Vamos allá.

BURGOA

Hacia esta parte  
(Los dos a la puerta.)  
y en el fin del corredor  
veréis una puerta grande  
que da sobre otra escalera.  
Tomad el farol que arde  
en el descanso; bajadla,  
y Andrés os dará la llave  
de vuestro cuarto, y decidle  
que a vuestras gentes os llame.  
Yo os enviaré buena cena  
y fuego.

CÉSAR

Dios te lo pague.

(Vase.)

*Escena IV*

BURGOA; después, DON RODRIGO.

BURGOA

Santillana y capitán,  
y de los tercios de Flandes,  
y con la boleta en regla  
y espada de gavilanes,  
¿quién le resiste? El incógnito  
se hará cargo del percance,  
y tendrá su compañía  
que sufrir y resignarse.  
Contra el rey nadie es valiente.

RODRIGO  
¡Ah de esta casa!  
(Entrando.)

BURGOA  
Adelante.

RODRIGO  
¿Sois el dueño de ella?

BURGOA  
Soy  
Luis Burgoa.

RODRIGO  
Dios le guarde.

BURGOA  
Mil gracias; lo mismo digo.  
¿Qué se ofrece?

RODRIGO  
Que oiga y calle.  
Esta noche a esta posada  
vendrá un viajero a apearse  
con una dama encubierta  
y un escudero; hospedadles  
con mucho agrado y servidles  
sin dudar cuanto demanden;  
su gasto corre por cuenta  
del rey; y desde el instante  
en que vuestra casa ocupen,  
de ellos, de sus equipajes  
y cuanto les pertenezca  
seréis vos el responsable.  
Dejaréis entrar a todos  
los que por él preguntaren.  
A todos, quienquiera que fueren;  
mas no dejaréis a nadie  
volver a salir. Abajo  
tenéis unos militares  
alojados, y las órdenes  
competentes voy a darles  
para que os presten auxilio  
y en caso de apuro guarden

las puertas; conque silencio  
y adiós; volveré más tarde.

BURGOA

Señor, vuestra autoridad  
sea cual fuere, excusadme  
que os pregunte a quién la honra  
tengo de hablar.

RODRIGO

Al alcalde  
Rodrigo de Santillana.

BURGOA

¡Jesucristo!

RODRIGO

Dios le guarde.

*Escena V*

BURGOA

¡Dios nos asista! Con un  
Santillana era bastante  
para su mal; pero ¿juntos  
el capitán y el alcalde  
pisándoles los talones?  
Ya, ya están frescos los tales  
viajeros. Los Santillanas...  
Raza de réprobos; aves  
de mal agüero; golillas  
todos; búhos de las cárceles  
y de las horcas, que sólo  
pronosticar pueden males.  
Santillanas..., ¡fuego en ellos  
y en quien a casa los trae!  
No hay portugués que no tenga  
con ellos cuenta. Mas baste,  
que Dios dirá. Gente llega.  
¡Andrés!

(Al ir a entrar por el fondo, sale ARBUÉS de viaje, enlodado.)

*Escena VI*

BURGOA, ARBUÉS.

ARBUÉS

No hay que incomodarse,  
patrón: somos gente llana  
mis amos y yo, y a nadie  
gustamos de dar que hacer.  
¿Hay aposentos capaces,  
limpios y con buenas camas  
para una dama, su padre,  
su escudero y dos criados?

BURGOA

Sí, señor, los hay; y tales  
que no habrá en palacio muchos  
que en lo limpio les alcancen.

ARBUÉS

Pues poned en uno luces  
para la dama.

BURGOA

Que bajen  
voy a mandar por los trastos  
que traigáis.

ARBUÉS

Que no se cansen  
vuestros mozos; ya los nuestros  
suben con los equipajes  
(Suben los mozos con baúles.)  
¿Dónde los pondrán?

BURGOA

Allí,  
en esos cuartos.

ARBUÉS

(A los mozos.)  
Llevadles,  
pues.

BURGOA

¿Y la dama?

ARBUÉS

Se está  
despidiendo de su padre.

BURGOA

Pues qué, ¿no se queda en casa  
con ella?

ARBUÉS

Sí; mas tiene antes  
que entregar unos breviarios  
a un primo suyo, que es fraile  
en San Pablo, y tardará  
tal vez; mas no hay que esperarle.

BURGOA

Marta, Ginés, a esa dama  
alumbrad.

ARBUÉS

Ya llegan tarde,  
patrón.

(Sale DOÑA AURORA.)

BURGOA

¡Qué! ¿Sin aguardar  
que la sirvan?...

ARBUÉS

Si es más ágil  
que un lancero, y nunca se anda  
con cumplimientos.

*Escena VII*

ANDRÉS, BURGOA, DOÑA AURORA.

BURGOA

(Buen talle,  
garboso andar y ¡qué hermosa!  
Dijo bien cuando a los ángeles



la comparó el capitán.)

AURORA  
¿Sois el huésped?

BURGOA  
Ordenadme,  
señora: yo soy.

AURORA  
¿Hay fuego  
en mi aposento?

BURGOA  
Y bujía;  
y puede vueseñoría  
disponer de él desde luego  
y de toda mi posada.  
Os mandaré a mi mujer  
que os sirva.

AURORA  
No es menester;  
yo me sirvo sola y nada  
necesito. ¡Arbués!

ARBUÉS  
¿Señora?

AURORA  
Cuando vuelva, aunque sea tarde,  
me avisarás.

ARBUÉS  
A la hora  
en que llegue.

AURORA  
Dios os guarde.  
(A BURGOA.)

BURGOA  
¿Tomaréis un refrigerio,  
un tentempié, para abrigo  
del estómago?

AURORA  
¿No os digo  
que nada quiero?  
(Vase por la izquierda.)

BURGOA  
¡Qué imperio!

*Escena VIII*

ARBUÉS, BURGOA.

BURGOA  
¿Y vos no cenáis?

ARBUÉS  
Poco ha  
que comimos y costumbre  
no tenemos.

BURGOA  
A la lumbre  
podéis venir, que la habrá  
buena en el hogar.

ARBUÉS  
No tengo  
frío; podéis sin reparos  
cuando queráis acostaros;  
porque mi amo, os lo prevengo,  
de que le sirva no gusta  
nadie más que yo, que sé  
su mañas.

BURGOA  
Tenéis, a fe,  
buen trabajo.

ARBUÉS  
¡Bah! Se ajusta  
cada cual al que lo toca  
en esta vida; yo estoy  
a su servicio y le doy  
cumplimiento... y punto en boca,

que tengo sueño. Dejad  
la llave a mano y a abrir  
bajaré, cuando venir  
le sienta; que echen mandad  
pienso a los caballos; yo  
de este sillón haré lecho.

BURGOA  
¿Dormiréis ahí?

ARBUÉS  
¿Pues no?  
Es costumbre y ya estoy hecho.

BURGOA  
Pues para cuando me acueste  
ahí queda la llave, y vos  
os gobernaréis.

ARBUÉS  
Adiós,  
pues.

BURGOA  
Descansad. (¡Mala peste  
me coja si yo me acuesto  
sin ver a ese hombre quedar  
dentro de casa!)

(Vase.)

ARBUÉS  
Cerrar  
no está de más.  
(Cierra la puerta del fondo.)

*Escena IX*

ARBUÉS; después, DON CÉSAR.

ARBUÉS  
En mi puesto  
heme ya.  
(Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo.)

Han llamado.

CÉSAR  
¿Arbués?  
(Dentro.)

ARBUÉS  
¿Por mi nombre? ¿Quién será?..

CÉSAR  
¿Alférez Arbués?

ARBUÉS  
¿Quién va?

CÉSAR  
Abre a un amigo.

ARBUÉS  
¿Quién es?

CÉSAR  
El capitán Santillana.

ARBUÉS  
¿Don César?

CÉSAR  
Sí; date prisa,  
Arbués, que nos interesa.

ARBUÉS  
¡Válame la soberana  
(Abre.)  
Virgen! ¡Vos, mi capitán!

CÉSAR  
No malgastemos, Arbués,  
nuestro tiempo.

ARBUÉS  
Hablad: ¿qué hay, pues?

CÉSAR  
Las bocacalles están  
tomadas alrededor

y conmigo hay seis soldados  
en esta casa apostados.

ARBUÉS  
¿Y qué?

CÉSAR  
Que es a tu señor  
a quien buscan. Si Gabriel  
los umbrales de ella pasa,  
Arbués, dentro de esta casa  
todos sois presos con él.

ARBUÉS  
No os dé pena, capitán;  
mi amo, que lo sabe todo,  
de hacer encontrará modo  
inútil todo este afán.

CÉSAR  
El asunto no es materia  
de chanzas; en la partida  
sé yo que le va la vida.

ARBUÉS  
¡Diablo!

CÉSAR  
La cuestión es seria.  
Registrarán su equipaje  
y hasta su misma persona;  
y si razón no le abona  
terminante, aquí su viaje  
concluye, porque al misterio  
de su vida dar alcance  
quiere el rey.

ARBUÉS  
¿El rey?

CÉSAR  
El lance  
ves que no puede más serio  
ser. Mi padre don Rodrigo  
me ha encomendado su guarda,  
diciéndome que le aguarda

pronto y ejemplar castigo.  
Hasta ahora, a lo que creo,  
de sus poderes abusa  
la justicia, pues le acusa  
a ciegas su buen deseo.  
Mas he oído una expresión  
que, a probarse con certeza,  
le va a costar la cabeza,  
sea impostura o ambición.  
Óyeme ahora. El destino,  
por su bien o por mi mal,  
me une a su sino fatal  
y me arroja en su camino.  
Instinto y veneración  
por él en mi pecho ruegan,  
y por Aurora me ciegan  
cariño y adoración.  
En el nombre de la ley  
a espiarle a Madrigal  
me enviaron, y cumplí mal  
con las órdenes del rey.  
Desde Madrigal os sigo.

ARBUÉS

Lo sabíamos.

CÉSAR

Tiempo es  
de que sepamos, Arbués,  
a qué atenernos. Conmigo  
es preciso que Gabriel  
hable esta noche. Es forzoso  
que este arcano misterioso  
penetre a la par con él.  
Hay de un misterio tremendo  
en su existencia la duda;  
siempre me tendrá en su ayuda,  
mas que se explique pretendo.  
Yo quiero de cualquier modo  
salvarle; quiero que a prueba  
ponga mi fe y que me deba  
su porvenir; en fin, todo  
quiero comprenderlo, y sea  
quien fuere, noble o villano,  
vil traidor o soberano  
coronado, que en mí vea

un fiel amigo, un apoyo  
presto a dividir con él  
desde el sitio de un dosel  
hasta de la tumba el hoyo.

ARBUÉS

Que os ciega amor bien se ve.

CÉSAR

Arbués, si su amor merezco  
y si mi mano la ofrezco...

ARBUÉS

No la admitirá.

CÉSAR

¿Por qué?

ARBUÉS

Porque es Espinosa un hombre  
que no quiere que se una  
ni hombre alguno a su fortuna,  
ni nombre alguno a su nombre.

CÉSAR

Yo los males que le afligen  
acepto y sus opiniones  
sin pedir de ellas razones.  
Y si ocultarme su origen  
les importa, nunca el nombre  
preguntaré de mi esposa;  
sea honrada y cariñosa  
y nada habrá que me asombre.

ARBUÉS

Estáis loco, capitán;  
¿Queréis con un pastelero  
emparentar?

CÉSAR

Arbués, quiero  
salir de una vez de afán.  
Te he dicho que mi destino  
me lleva tras de Gabriel.

ARBUÉS

Pues es fuerza que huyáis de él;  
echad por otro camino.

CÉSAR  
¡Arbués!

ARBUÉS  
Yo sé lo que digo.  
Vuestro ayo fui; soy ya viejo  
y daros puedo un consejo;  
tomadle, que es de un amigo:  
cumplid vuestra obligación  
sin tropezar con Gabriel,  
y el misterio que hay en él  
dejad en su corazón.  
Para vuestro amor, de roca  
será su alma, y recelo  
que no os dará ni consuelo  
ni satisfacción su boca.

CÉSAR  
Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio  
impunemente?

ARBUÉS  
Lo que hace  
no sé, mas no satisface  
jamás.

CÉSAR  
Pues bien, si su labio  
satisfacción no me da,  
yo le haré que hable sin gana  
con mi acero.

ARBUÉS  
Santillana,  
en silencio os matará.

CÉSAR  
¿A mí?

ARBUÉS  
Tal creo en conciencia.

CÉSAR



¿Tiene algún filtro Gabriel?

ARBUÉS

No, mas acaso con él  
pelea la omnipotencia.  
Don César, tened a raya  
vuestra locura y tomad  
mi consejo: abandonad  
la senda por donde él vaya.

CÉSAR

No puedo.

ARBUÉS

Una indiscreción  
muy sandia sé que cometo,  
mas voy a ser indiscreto  
porque os tengo obligación.

CÉSAR

Habla, habla.

ARBUÉS

Ese Gabriel  
Espinosa, el pastelero,  
tiene más de caballero  
que lo que aparenta él.  
Tres años ha que le sigo  
de su favor obligado,  
que honra y vida me ha salvado  
y más que dueño es mi amigo.

CÉSAR

Pero ¿quién es?

ARBUÉS

Voy a ello.  
Quién es... sábenlo él y Dios.  
Cuanto sé yo de él vais vos  
a saber; mas bajo un sello  
guardadlo siempre.

CÉSAR

Concluye.

ARBUÉS

Escuchad, pues, lo que sé,  
y vos veréis de él, a fe,  
si en pro o en contra os arguye.  
Él sabe todas las leyes,  
cuenta todas las historias,  
los desastres y las glorias  
de los europeos reyes.  
Él conoce los blasones  
como un rey de armas; él mide  
las noblezas; él decide  
sobre razas y opiniones;  
y tales fuerzas alcanza  
que con precisión certera  
monta un potro a la carrera  
y hace astillas una lanza  
en el aire.

CÉSAR

¡Jesucristo!

Eso se cuenta también

de Don...

(ARBUÉS le tapa la boca con la mano.)

ARBUÉS

No digáis de quién;

De él yo lo cuento, y lo he visto.

Y, en fin, os diré un secreto:

¿conocíais a Quiñones,  
el teniente de dragones?

CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

Sabéis que era el respeto

de los diestros en la esgrima,

porque jamás estocada

le hirió, mientras que su espada

veinte muertes le echó encima.

CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

No ignoraréis que muerto

en Madrigal se le halló;

pues bien, Gabriel le mató  
riñendo.

CÉSAR  
¿Cierto?

ARBUÉS  
Tan cierto,  
capitán, como es de noche.  
De Gabriel en la hostería  
con el, teniente comía  
yo una tarde, cuando un coche  
paró a sus puertas, y de él  
un embozado bajando  
se entró hasta allí preguntando  
si estaba en casa Gabriel.  
Salió éste; y el forastero,  
que ser mostraba en su porte  
un gran señor de la corte,  
llevó la mano al sombrero  
al ir a hablarle; Quiñones,  
de quien sabéis la insolencia,  
con aquella impertinencia  
peculiar de los matones,  
dijo: «¡Hola! ¿Esas tenemos?».  
Mas no bien le oyó Gabriel,  
cuando viniéndose a él  
le asió por los dos extremos  
del collarín del colete  
diciendo: «¡Hola, seor espía!  
¡Yo os haré, por vida mía,  
que me guardéis el secreto!».  
Y con muñeca de hierro  
zarandeándole de un lado  
a otro, le echó derribado  
bajo el banco como a un perro.  
El teniente, puesto apenas  
en pie, echó mano al acero  
yéndose hacia el pastelero,  
quien con miradas serenas  
y voz grave e imperiosa  
nos dijo: «Echémonos fuera».  
Y echamos por la escalera  
los tres en pos de Espinosa.  
Detrás de unos paredones  
que hay debajo del camino

paróse; fue su padrino  
el otro, y yo el de Quiñones.  
Capitán, juro a mi honor  
que no he visto tal destreza  
jamás, ni tanta firmeza,  
serenidad y valor.  
Era un maestro el teniente,  
pero a las cuatro paradas  
tenía tres estocadas;  
rugía de ira y valiente  
atacaba; mas escrito  
debió estar: tendióse a fondo  
Gabriel y cayó redondo  
Quiñones sin dar un grito.

CÉSAR  
¿Y Espinosa?

ARBUÉS  
Ni un rasguño  
sacó; en silencio su espada  
limpió, que estaba manchada  
de sangre hasta el mismo puño,  
y envainándola con calma  
nos dijo: «Quede lo hecho  
sepultado en nuestro pecho,  
y que Dios perdono su alma».  
Y volviéndonos a entrar  
otra vez en la hostería,  
no ha vuelto desde aquel día  
a Quiñones a mentar.  
Ahora, señor Santillana,  
pues sabéis que hondo cariño  
os cobré desde muy niño  
y os guardo afición cristiana,  
creed a un amigo viejo:  
por delante de Gabriel  
pasad sin topar con él;  
y agradecedme el consejo.

CÉSAR  
Es tarde, y retroceder  
no quiero. Resuelto a todo  
vengo y de uno u otro modo  
esta noche le he de ver.

ARBUÉS

Yo no os lo puedo impedir;  
pero hacéis mal, os lo advierto.

CÉSAR

Más quiero por él ser muerto  
que sin Aurora vivir.

ARBUÉS

Allá os las hayáis.

AURORA

(Dentro.)

¡Arbués!

ARBUÉS

Pronto, marchaos; es ella.

AURORA

¡Arbués!

(Dentro.)

(ARBUÉS quiere obligar a DON CÉSAR a irse.)

CÉSAR

Déjame la huella  
besar de sus castos pies.

ARBUÉS

¡Capitán!

*Escena X*

DOÑA AURORA, DON CÉSAR, ARBUÉS.

AURORA

Oyendo estoy

(Saliendo.)

a Arbués hablar ha una hora.

¿Es mi padre?

CÉSAR

No, señora.

AURORA  
¡El capitán!

CÉSAR  
Sí, yo soy.

ARBUÉS  
Ver al señor pretendía.  
Le dije que ausente estaba;  
insistía él, porfiaba  
yo, y por eso se oía  
hablar aquí, doña Aurora.

AURORA  
Anduviste descortés  
con el capitán, Arbués.

ARBUÉS  
Vuestro padre...

AURORA  
Sin demora  
me debiste de avisar  
de su llegada, y al punto  
saliera yo.

CÉSAR  
Sea asunto  
concluido; él atajar  
debió mi imprudente paso.

AURORA  
Si vos salís en su abono,  
yo su falta le perdono.  
Sal.  
(A ARBUÉS, que se va.)

*Escena XI*

DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

AURORA  
¿Puedo saber acaso  
la causa que aquí os obliga

a presentaros ahora?

CÉSAR

Es un secreto, señora;  
perdonad que no os le diga  
Confiarle sólo debo  
a vuestro padre.

AURORA

En tal caso...  
(Retirándose.)

CÉSAR

Aguardad.  
(Deteniéndola.)

AURORA

Decid.

CÉSAR

Acaso  
vais a enojaros.

AURORA

Me atrevo  
a esperar de vuestro honor  
que no me osará decir  
nada que no pueda oír  
sin peligro o sin rubor.

CÉSAR

Nada, señora. ¡Yo os juro  
por la honra en que nací,  
que nada oiréis de mí  
que no sea noble y puro!

AURORA

Hablad, pues.

CÉSAR

Que fui sospecho  
torpe por demás, señora,  
si no habéis visto hasta ahora  
el arcano de mi pecho

AURORA

¿Cómo queréis que comprenda  
secretos que en él guardáis  
si no me los reveláis?

CÉSAR

Si en los ojos una venda  
de indiferencia y rigor  
no os hubierais puesto, Aurora,  
me ahorrarais hacer ahora  
la relación de mi amor.

AURORA

¿Conque amáis?

CÉSAR

Con frenesí.

AURORA

Pues ¿y a quién?

CÉSAR

A un ángel.

AURORA

¡Oh!

¿Y os paga?

CÉSAR

Creo que no.

AURORA

¿Lo sabe?

CÉSAR

Creo que sí.

AURORA

¿Se lo habéis dicho?

CÉSAR

Jamás.

AURORA

¿Por qué?

CÉSAR



Porque es mi pasión  
más que amor, veneración;  
idolatría quizás.  
Es un amor que no tiene  
en su vil naturaleza  
un átomo de impureza;  
amor que del cielo viene.  
Es un innato cariño,  
tan casto como profundo,  
tan inmenso como el, mundo,  
tan puro como el armiño.  
Sin otro bien, ni otro dueño,  
ni más afán, ni más guía  
en la tierra, noche y día,  
con él vivo, con él sueño.  
Un amor sublime, santo,  
mas tan tirano, tan fiero,  
que sus fuerzas considero  
a mis solas con espanto;  
porque no hay ley, no hay deber  
que pueda mi corazón  
al poder de mi pasión  
con ventajas oponer.  
Si la que amo me dijera:  
«Sé traidor: véndete esclavo»,  
mi fe llevando hasta el cabo  
me infamara y me vendiera.

AURORA

¡Jesús, qué amor tan horrendo!  
¿Dónde adquirido lo habéis?

CÉSAR

¿Os reís?

AURORA

¿Pues qué queréis,  
si os estáis contradiciendo?

CÉSAR

¿Dó está la contradicción?

AURORA

¡Pues ahí es nada! ¿Un cariño  
tan puro como el armiño,  
una sagrada pasión

de cuyo infernal poder  
creéis que os llegue a obligar  
vuestro rey a abandonar,  
la libertad a vender?

CÉSAR

Sin vacilar un momento.

AURORA

¿Porque una mujer os ame  
consentís en ser infame,  
traidor y esclavo?

CÉSAR

Consiento.

AURORA

Haceos un poco atrás.

CÉSAR

¿Por qué?

AURORA

Esa pasión que tanto  
ponderáis, más que amor santo,  
es amor de Satanás.

CÉSAR

¡Infeliz del corazón  
que tal amor no comprende!

AURORA

Más lo es en el que se enciende  
la llama de tal pasión.

CÉSAR

¡No os mofarais de ella así  
si la comprendierais, no!

AURORA

¿Y quién os dice que yo  
no guardo ese amor en mí?

CÉSAR

¡Vos!  
(Sorprendido.)

AURORA  
Don César, sólo Dios  
amor tan ciego merece.

CÉSAR  
Amor es Dios y enloquece.

AURORA  
Y loco estáis.

CÉSAR  
¡Ah! Por vos.  
(Se arrodilla.)

AURORA  
¡Insensato!

CÉSAR  
Por vos, sí;  
yo os amo, Aurora, os adoro.

AURORA  
¿Pues creéis que yo lo ignoro?

CÉSAR  
¡Cielos!  
(Alzase del suelo, acercándose a AURORA.)

AURORA  
No lleguéis a mí.  
(Apartándose.)

CÉSAR  
¿Me rechazáis?

AURORA  
¡A fe mía!  
Yo acepto vuestro respeto,  
mas no quiero ser objeto  
de una torpe idolatría.  
No soy más que una mujer,  
y del Criador hechura;  
sólo como criatura  
estimada quiero ser.

CÉSAR

Esas palabras, Aurora,  
que una esperanza me dan...

AURORA

Si tal creéis, capitán,  
olvidadlas desde ahora.

CÉSAR

Me confundís y no sé  
unir con vuestra bondad  
vuestro rigor.

AURORA

En verdad  
que yo tampoco sabré  
tal arcano descifraros.  
Lo que sí os sabré decir  
es que no puedo admitir  
vuestro amor; mas sin reparos  
mi amistad toda os ofrezco.  
Creedme: Dios me es testigo  
de que os quiero por amigo,  
mas por galán no os merezco.

CÉSAR

¡Cómo!

AURORA

Os lo diré mejor  
y no me guardéis encono:  
vuestra amistad ambiciono;  
vuestra pasión me da horror.

CÉSAR

Me asombráis.

AURORA

Es un arcano  
que penetrar no podemos.  
Galán, jamás nos veremos;  
amigo, aquí está mi mano.  
(Le tiende la mano.)

CÉSAR

¡Ah! Os entiendo. Compasión

os causó mi amor y ahora  
burlaros os plugo, Aurora,  
con mi pobre corazón.  
Mas esta mano que estrecho  
sobre él y que llevo al labio...

(Va a besar la mano. DOÑA AURORA se lo impide.)

AURORA  
La boca le hará un agravio;  
no la levantéis del pecho.

CÉSAR  
Ese tono...

AURORA  
Es harto serio.

CÉSAR  
No os comprendo. Si es capricho  
de vuestro humor...

AURORA  
Ya os lo he dicho,  
capitán: es un misterio  
que yo no entiendo tampoco.

CÉSAR  
Pues yo lo penetraré.

AURORA  
¿Cómo?

CÉSAR  
A vuestro padre haré  
que me lo explique.

AURORA  
Estáis loco.

CÉSAR  
¡En eso parar espero  
con vuestras contradicciones!

AURORA  
Pues oídme unas razones

terminantes, caballero.

CÉSAR

Hablad.

AURORA

Me habéis ponderado  
vuestra acendrada pasión,  
y vais en mi corazón  
a saber lo que hay guardado.  
Hay un amor casto, ciego,  
de mi pecho en la guarida,  
tan largo como mi vida,  
tan ardiente como el fuego.  
Amor de goces tan suaves,  
tan exento de dolores,  
como el olor de las flores,  
como el cantar de las aves.  
Este amor es un cariño  
tan ajeno de impureza,  
como el que a tener empieza  
naciendo a su madre el niño.  
Hoguera es de inmenso amor;  
mas de su llama tranquila  
no se extingue ni vacila  
el constante resplandor.  
En el duelo, en la ventura,  
en la inquietud y en la calma  
siempre en el fondo del alma  
como una estrella fulgura;  
y brilla su claridad  
en su centro solitario  
cual lámpara en un santuario,  
cual faro en la tempestad.

CÉSAR

¿Amáis?

AURORA

Amo a un noble ser  
de quien ignoro hasta el nombre;  
le amo todo cuanto a un hombre  
puede amar una mujer.  
Le amo desde que le vi;  
le amo con toda mi fe,  
y al sepulcro bajaré

con su amor dentro de mí.  
Con él sueño, con él vivo;  
lo que él desea apetezco,  
lo que aborrece aborrezco,  
y mi corazón, cautivo  
de su sola voluntad,  
a ella no más obedece.  
Él me dice: «Ama, aborrece»,  
y amo y odio sin piedad.  
Me dijo: «De ese mancebo  
serás amiga», y yo os digo  
que vos sois mi único amigo,  
porque él lo quiere y yo debo  
quererlo; y si él me dijera:  
«véndete esclava», ¡por Dios  
os juro que, como vos  
por mí, por él me vendiera!  
Ya mi secreto sabéis.  
Respetad de él comedido  
lo que no hayáis comprendido;  
y si no os satisfacéis  
con las razones que os dan,  
haced cuenta, en conclusión,  
que nací sin corazón.  
Buenas noches, capitán.

CÉSAR  
Esperad.

AURORA  
Ni un solo instante.  
El alma leal que abrigo  
franca está para el amigo  
y muerta para el amante.

(Vase por la izquierda, cerrando la puerta.)

### *Escena XII*

DON CÉSAR  
¡Ama a un hombre cuyo nombre  
no conoce! Fascinada  
está su alma enamorada  
por él. ¿Y quién es ese hombre?

Un año hace que los sigo,  
y a nadie he visto jamás  
llegar. ¡Un enigma más  
de los que llevan consigo!  
Con él sueña, con él vive;  
lo que él desea apetece.  
Él manda y ella obedece  
y ser de su ser recibe.  
¡Oh! Sí: lo expresaban bien  
sus ojos, su voz, su gesto.  
Sí, encierra un amor funesto  
su corazón. Pero ¿a quién?  
¡Ama a un hombre misterioso  
de quien hasta el nombre ignora!  
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!  
¡Sandio de mí! Estoy celoso.  
Celoso y tal vez acecha  
la muerte aquí a ese Gabriel  
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...  
¡Él! ¡Estúpida sospecha!  
Su padre... ¿Y si no lo es?  
¿Si el misterio y soledad  
que guardan de liviandad  
fuera un velo infame? -¿Arbués?

### *Escena XIII*

DON CÉSAR, ARBUÉS.

ARBUÉS

Aquí estoy.

CÉSAR

Pronto, responde.

Aurora a otro hombre ama.

¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?

¿Adónde está ahora? ¿Adónde  
le vio? ¿Cuándo?

ARBUÉS

Capitán,

ya os previne que acercaros

a nosotros era echaros

en un abismo de afán;



y ya lo veis: un instante  
nada más que habéis hablado  
con ella, os ha trastornado  
corazón, juicio y semblante.

CÉSAR

La amo, Arbués, y estoy celoso.  
Dime, por tu vida, Arbués,  
¿sabes bien si Gabriel es  
su padre?

ARBUÉS

¡Pues es chistoso!

CÉSAR

¡Ay! De la duda la hiel  
me emponzoña el corazón.

ARBUÉS

Pues no perdáis la ocasión  
de consultarla con él.

CÉSAR

¿Llega?

ARBUÉS

Le siento venir.

CÉSAR

¿Cómo?

ARBUÉS

Acostumbra a silbar  
recio.

CÉSAR

¿Y silbó?

(Llaman: aldabonada.)

ARBUÉS

De llamar  
acaban.

CÉSAR

Ve, pues, a abrir.

(Vase ARBUÉS por el fondo llevando la llave.)

Es forzoso: le hablaré;  
la vida en ello le va.  
Si se obstina..., mas no, a fe;  
primero le salvaré  
y Dios amanecerá.

*Escena XIV*

DON CÉSAR, ARBUÉS; GABRIEL, embozado.

GABRIEL  
¡Hola, señor capitán!

CÉSAR  
Os aguardaba.

GABRIEL  
¿Qué hay, pues?

CÉSAR  
Solos.

GABRIEL  
Déjanos, Arbués.

*Escena XV*

DON CÉSAR, GABRIEL.

GABRIEL  
Podéis hablar.

CÉSAR  
Tal vez van  
mis palabras a causaros  
extrañeza.

GABRIEL  
No lo espera.

CÉSAR

Muy claro con vos ser quiero.

GABRIEL

Pues no os andéis con reparos.  
Con cuanta más claridad  
habléis vos, a mi entender  
os debo yo comprender  
con mayor facilidad.

CÉSAR

Yo soy...

GABRIEL

(Interrumpiéndole.)

Os conozco bien:  
adelante.

CÉSAR

En Madrigal  
me acantoné de orden real...

GABRIEL

Para guardarme; también  
lo sé. Adelante.

CÉSAR

Hoy en pos  
de vuestros pasos...

GABRIEL

Venís  
por lo mismo; me decís  
cosas que sé como vos.

CÉSAR

Pues bien: lo que según creo  
ignoráis vos todavía  
os diré.

GABRIEL

Por vida mía,  
capitán, que ya deseo  
que algo nuevo me digáis.

CÉSAR  
Pues oíd.

GABRIEL  
Estoy atento.

CÉSAR  
La casa en este momento  
está cercada, y estáis  
preso en ella.

GABRIEL  
Ya lo sé.

CÉSAR  
¿Conque sabiéndolo ya  
entrasteis?

GABRIEL  
Pues claro está.

CÉSAR  
¿Por voluntad?

GABRIEL  
Ya se ve.

CÉSAR  
¿Luego confiáis?

GABRIEL  
En Dios  
primero y después en mi.

CÉSAR  
¿Sabéis que os acusan?...

GABRIEL  
Sí.

CÉSAR  
¿De un delito?...

GABRIEL  
(Interrumpiéndole.)  
No, de dos.

CÉSAR  
¿Sabéis cuáles?

GABRIEL  
Sí, por cierto.

CÉSAR  
Pues, a lo que se murmura,  
cualquiera de ellos...

GABRIEL  
Segura  
trae mi sentencia: soy muerto.

CÉSAR  
¿Con ella os chanceáis?

GABRIEL  
Sí tal.

CÉSAR  
¿Podréis probar?...

GABRIEL  
Una cosa.

CÉSAR  
¿Que sois?...

GABRIEL  
(Interrumpiéndole.)  
Gabriel Espinosa,  
pastelero en Madrigal.

CÉSAR  
Podrán dudarle tal vez.

GABRIEL  
¿Por qué?

CÉSAR  
Porque lo desmiente  
vuestro gentil continente  
y es muy receloso el juez.

GABRIEL

Dios me hizo así, y en mi mano  
no está cambiar de figura

CÉSAR

Diz que andáis con mucha holgura  
para ser sólo un villano.

GABRIEL

Soy rico.

CÉSAR

Querrán papeles  
que os acrediten de tal.

GABRIEL

Resmas tengo en Madrigal  
de los de envolver pasteles.

CÉSAR

¿Hay algunos con pinturas?

GABRIEL

Mil.

CÉSAR

¿Son estampas de santos?

GABRIEL

Hay de todo.

CÉSAR

Y entre tantos  
¿hay conocidas figuras?

GABRIEL

¿Echáis menos, capitán,  
alguna?

CÉSAR

No: mas ha un rato  
que el juez buscaba un retrato  
fiel del rey Don Sebastián.

GABRIEL

Siento no tener ninguno.

CÉSAR

Pues creo que el juez pretende  
deteneros, porque entiende  
que lleváis sobre vos uno.

GABRIEL

¿Qué habría en que le llevara  
para que en mí se encarnicen  
los golillas?

CÉSAR

(Mirándole atentamente.)  
Es que dicen  
que lo lleváis en la cara.

GABRIEL

Ni es tan deforme la mía,  
ni osara yo andar, por cierto,  
con la cara que un rey muerto  
usaba cuando vivía.

CÉSAR

Pues la justicia cree ver  
en vos semejanza tal  
con él, que de vos muy mal  
sospecha.

GABRIEL

¡Cómo ha de ser!

(Un momento de pausa.)

CÉSAR

Yo os cobré afecto; fiad  
vuestro secreto de mí,  
y al depositarlo aquí  
lo echáis en la eternidad.

GABRIEL

Mozo, si tuviera un día  
que fiar algo a algún hombre,  
creedme, os juro a mi nombre  
que de vos lo fiaría.

CÉSAR

Fiadme ese nombre, pues.

GABRIEL

Gabriel; lo acabáis de oír.

CÉSAR

¡Os obstináis en morir!

GABRIEL

Ley de los que nacen es.

CÉSAR

¡No me entendéis!

GABRIEL

¡Vive Dios!

Ni vos me entendéis tampoco  
a mí.

CÉSAR

Parecéisme loco.

GABRIEL

Y a mí mentecato vos.

Porque a la verdad, mancebo,  
grima me da contemplaros  
así el seso devanaros  
por decirme algo de nuevo.

Tras de tanto ir y venir,  
¿no habéis echado de ver  
que yo no quiero entender  
lo que me queréis decir?

¿Os figuráis que viví  
entre el pueblo catorce años  
sin percibir los extraños  
cuentos que corren de mí?

¿Pensáis que es ésta la vez  
primera que en mí repara  
el vulgo, y que cara a cara  
me veo yo con un juez?

Venid acá, pobre niño;  
¿pensáis que no conocí  
que en vos germinó hacia mí  
un simpático cariño?

Yo como en un libro leo  
claro en vuestro corazón,



y bien de vuestra afición  
la causa escondida veo.  
Sé que a mí os atrae un nudo  
cuyo mágico poder  
os hace ante mí poner  
vuestro pecho por escudo.  
Pero su atracción oculta  
resistid, porque os advierto  
que ese nudo con un muerto  
os estrecha y os sepulta.  
Resistid; porque un ser soy  
que infesto el lugar que habito,  
que cuanto toco marchito  
y asolo por donde voy.

CÉSAR

¿Qué me importa? El horror mismo  
del misterio que hay en vos  
de sí me arrebató en pos,  
y ciego voy a su abismo.

GABRIEL

¡Mancebo!

CÉSAR

Con vos iré  
por doquiera que vayáis.  
Oídmelo: y cuando sepáis  
mi secreto...

GABRIEL

Ya lo sé.

CÉSAR

¿Qué sabéis?

GABRIEL

Cuanto ha pasado  
por vuestro pecho hasta ahora.  
No ignoro nada: de Aurora  
sé que estáis enamorado.  
Sé que por ella me habláis,  
y que tras ella venís,  
y que por ella vivís,  
y que con ella soñáis.  
¿Creéis que en vuestro semblante

no he conocido al entrar  
que la acababais de hablar?  
Y en vuestro mustio talante,  
¿creéis que no entiendo acaso  
que el amor de vuestro pecho  
al declararla, no ha hecho  
de vuestras palabras caso?

CÉSAR  
¡Caballero!

GABRIEL  
¡Qué demonio!  
De todo estoy enterado:  
hasta de que habéis pensado  
pedírmela en matrimonio.

CÉSAR  
Sí, que mi amor...

GABRIEL  
(Interrumpiéndole.)  
Sé que es grande,  
profundo, honesto y leal;  
pero es un amor fatal,  
imposible.

CÉSAR  
Que os demande  
por qué dejad.

GABRIEL  
Lo primero,  
porque si mal no me fundo,  
no os quiere ella: lo segundo,  
porque yo tampoco quiero.

CÉSAR  
¡Me escarnecéis!

GABRIEL  
¡No, por Dios!  
¿Y a qué viene el enojaros?  
¿No queréis que hablemos claros?  
Pues claro os hablo yo a vos.

CÉSAR

¡Ea, pues! Claros hablemos  
y sepamos de una vez  
a qué atenernos.

GABRIEL

¡Pardiez!  
No alcéis la voz, que podemos  
a las gentes de la casa  
despertar, y creer pueden  
cosas que aquí no suceden,  
capitán.

CÉSAR

Lo que aquí pasa  
es que quiero penetrar  
el misterio que os rodea,  
y que es fuerza que así sea;  
porque no he de tolerar  
en calma, como un villano,  
que tan sin razón los dos  
despreciéis mi amistad vos  
y vuestra hija mi mano.  
Confieso que el alma mía,  
del punto en que os llegó a ver,  
por vos empezó a tener  
misteriosa simpatía.  
Confieso, sí, que amo a Aurora  
con amor tan delirante  
que no hay acción que me espante...  
por ella; mas me devora,  
a par con el del amor,  
el fuego de un justo antojo  
ceder sin razón mejor.  
Soy noble y cuando os ofrezco  
mi raza unir con la vuestra  
que me deis más noble muestra  
de lo que valéis merezco;  
porque si no, con derecho  
tendré por cosa segura  
lo que de vos se murmura  
y lo que yo me sospecho.

GABRIEL

¿Y qué es lo que sospecháis?

CÉSAR  
Que sois...

GABRIEL  
¿Quién?

CÉSAR  
Un impostor  
y que desecháis mi amor...

GABRIEL  
¿Por qué?

CÉSAR  
Porque vos la amáis.

GABRIEL  
¡Desdichado!

CÉSAR  
Una de dos:  
satisfacedme al momento,  
o sepulcro este aposento  
es para mí o para vos.

GABRIEL  
Niño, dándoles gran precio,  
la mayor satisfacción  
que debo a tu protección  
y a tu amor, es el desprecio.  
Ve, pues, si te satisface  
la de que no los admito,  
porque el amor no me place  
y el favor no necesito.

CÉSAR  
¿Eso a mí?

GABRIEL  
Y antes que te abra  
sepulcro, entiende que puedo  
abismarte con un dedo  
como con una palabra.

CÉSAR  
Decídmela.

GABRIEL  
No la esperes.

CÉSAR  
Pues bien; quiero en mi despecho  
ser o muerto o satisfecho.

(DON CÉSAR desenvaina su espada, yendo contra GABRIEL. Éste desenvaina la suya poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece AURORA.)

GABRIEL  
Sea, pues que tú lo quieres.

*Escena XVI*

GABRIEL, DON CÉSAR, DOÑA AURORA, después DON RODRIGO.

AURORA  
¡Teneos!

CÉSAR  
Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale DON RODRIGO, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. GABRIEL baja su espada dando un paso atrás, con tal rapidez que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)

RODRIGO  
En nombre del rey.

GABRIEL  
¿Qué es eso?

RODRIGO  
Gabriel Espinosa, preso  
sed.

GABRIEL  
Lo estoy, señor alcalde.

RODRIGO  
¿Cómo?

GABRIEL

Ese mozo, sintiendo  
que aún en vela andaba yo,  
por esa ventana entró  
que me fugara temiendo;  
hallándome en pie y armado  
darme a prisión me intimaba,  
y mi espada le entregaba  
cuando vos habéis entrado.

RODRIGO

Vuestras armas y equipaje  
quedan embargados. De él  
(A DON CÉSAR.)  
y ellas te encargo. -Gabriel  
Espinosa, vuestro viaje  
no os es dado continuar  
basta que duda no quede  
de quién sois.

GABRIEL

Su merced puede  
cuando guste comenzar  
sus indagaciones.

RODRIGO

Luego;  
Interrogar me es preciso  
testigos; mas ya, os lo aviso,  
preso estáis.  
(A DON CÉSAR.)  
Con él te entrego  
aquella mujer.

GABRIEL

Señora  
se dice, alcalde; esta dama  
noble es cual vos y se llama  
por buen nombre doña Aurora.

RODRIGO

Si es dama y noble, después  
lo sabremos.

GABRIEL

¡Quiera Dios  
que no os pese luego a vos  
saberlo!

RODRIGO  
Excesiva es  
vuestra arrogancia.

GABRIEL  
No tanta  
como tener con vos puedo.

RODRIGO  
Nadie a mí me infunde miedo.

GABRIEL  
Pues a mí nadie me espanta.  
Conque adelante.

RODRIGO  
Adelante.  
Vos a ese cuarto, señora;  
y vos dad la espada ahora  
al capitán.

GABRIEL  
Al instante.  
(Alargando la espada, sin sollaría.)  
Ahí la tenéis, y os suplico,  
joven, que si no os enoja  
me la guardéis, que es la hoja  
buena, y el puño muy rico.

(GABRIEL entrega su espada a DON CÉSAR quien al mirarla exclama asombrado:)

CÉSAR  
¡Jesús!

GABRIEL  
Ved con atención  
su primor.

CÉSAR  
¡Corona real  
tiene el pomo!

GABRIEL  
Y el tazón  
las armas de Portugal.

RODRIGO ¡Hola! Pondréis a mi alcance  
cómo hubisteis esa espada.

GABRIEL  
Dadlo por cosa alcanzada:  
la compré en Cintra de lance.

RODRIGO  
(Acercándose y viendo la espada que tiene DON CÉSAR.)  
¡Prenda regia!

GABRIEL  
¡Por San Juan!  
Yo lo creo; como que es  
prenda de un rey portugués:  
fue del rey Don Sebastián.

RODRIGO  
(A DON CÉSAR, aparte.)  
César, guárdale, por Dios:  
porque si se huye perdemos  
la cabeza ambos a dos.

CÉSAR  
Ya lo sé.

(Vase DON RODRIGO por la puerta del fondo.)

*Escena XVII*

GABRIEL, CÉSAR.

DON CÉSAR va a acercarse a GABRIEL con precipitación; éste le contiene con un gesto.

GABRIEL  
No hagáis extremos,  
que os perdéis.



CÉSAR  
¿Pero sois vos?...

GABRIEL  
¿Quién?

CÉSAR  
Él.

GABRIEL  
Porfiado estás.

CÉSAR  
Pero...

GABRIEL  
¿Y si fuese quizás?

CÉSAR  
Muriera por vos, señor.

GABRIEL  
Dormir un poco es mejor.  
Dejad a Dios lo demás.  
(Vase por la izquierda, dejando a DON CÉSAR estupefacto.)

## ACTO II

La misma decoración del acto primero.

### *Escena I*

DON CÉSAR (Sentado y meditabundo.)  
Dijo bien: no pertenece  
a la tierra el ser de ese hombre.  
Me fascina; me enloquece.  
¡Que en derredor de su nombre  
gira el mundo me parece!  
Sí; de cuanto le rodea  
es el eje, el punto fijo.  
Todo lo demás voltea  
en torno suyo. Me dijo

que iba a dormir, pero vela;  
no he cesado de sentir  
sus pasos, por más cautela  
que puso al ir y venir  
por su aposento. Recela  
que le sorprendan; previene  
cauto el porvenir; y pienso  
que entre su equipaje tiene  
objetos que le conviene  
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso  
riesgo corre!... ¿Y si no es?  
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora  
padre, hermano... algo... A través  
doy con todo; me devora  
la impaciencia... Llamo, pues.

(Llama a la puerta por donde se fue GABRIEL en la última escena del acto primero.)

*Escena II*

DON CÉSAR, GABRIEL.

GABRIEL  
¿Qué me queréis?

CÉSAR  
Advertiros  
de que mi padre el alcalde  
vendrá pronto.

GABRIEL  
Será en balde.

CÉSAR  
No lo será el preveniros  
que toda la noche ha estado  
declaraciones oyendo  
de gentes que ha ido prendiendo.

GABRIEL  
Pues el tiempo ha malgastado.

CÉSAR  
Vuestra situación es grave.

GABRIEL

¡Lo sé!

CÉSAR

Quizás un proceso...

GABRIEL

Vuestro padre anda ya en eso.

CÉSAR

¿Culpado saldréis?

GABRIEL

¿Quién sabe?

CÉSAR

Mi padre es hombre tenaz.

GABRIEL

¡Pues a buena parte viene!

CÉSAR

Es que tal vez os condene.

GABRIEL

Cumplo la pena, y en paz.

CÉSAR

Mas si antes que vuelva él  
hacer prevención alguna  
os importa...

GABRIEL

¿A mí? Ninguna.

CÉSAR

¡Señor!

GABRIEL

Llamadme Gabriel.

CÉSAR

Vos lo dijisteis: secreto  
nos liga un nudo a los dos  
y siento a un tiempo por vos

inclinación y respeto.  
Quisiera una prueba hallar  
irrecusable que daros  
de mi fe para obligaros  
sin recelo a confiar  
en mí.

GABRIEL

¡Vaya! ¡Estáis chistoso,  
por Dios! En este aposento  
queríais hace un momento  
atravesarme furioso,  
¿y ahora mi confianza  
conquistaros pretendéis  
con ofertas? Ya sabéis  
que la razón se me alcanza  
de esa simpatía oculta  
que me tenéis; y a respeto  
mueveos sólo mi secreto,  
que vuestra aprensión abulta  
tanto, que seguís mi viaje  
vos y a atajarle se arroja  
el juez, porque se os antoja  
que soy un gran personaje.

CÉSAR

Las apariencias están  
por ahora en contra vuestra.

GABRIEL

Pues la verdad se demuestra  
con la verdad, capitán.

CÉSAR

Pues bien: antes que un proceso  
entable el juez contra vos  
valiera más, ¡vive Dios!...

GABRIEL

¿Qué me diera por confeso  
yo mismo? Que haciendo justo  
del juez el empeño, diera  
por supuesto yo que era  
*no sé quién*, y por dar gusto  
él al rey, y diversión  
al populacho, me ahorcara

y Aurora por vos quedara?  
¿Es ésa vuestra cuestión?

CÉSAR

No así abuséis imprudente  
de ese misterioso influjo  
que a respeto me redujo  
para con vos, e insolente  
mi lealtad y mi amor  
ultrajéis. Ésta es sincera,  
y mi pasión verdadera,  
señor.

GABRIEL

¡Dale con señor!  
Vos sois noble y yo villano.  
Vos sois gentil caballero  
y yo humilde pastelero;  
decid Gabriel liso y llano.

CÉSAR

Me vais a desesperar.

GABRIEL

Y vos me vais a aburrir.

CÉSAR

¡Vos obstinado en fingir!

GABRIEL

¡Vos empeñado en hablar!

CÉSAR

Pronto a todo, fascinado  
que estoy por vos no miráis?

GABRIEL

¿Y os mando yo que tengáis  
de mi porvenir cuidado?

CÉSAR

Una palabra tan sólo.

GABRIEL

¿Vais a volver a lo mismo?

CÉSAR

De esperanza en este abismo  
dadme un rayo.

GABRIEL

¿Cuál?

CÉSAR

Sin dolo,  
prometedme responder  
a una pregunta.

GABRIEL

Si puedo,  
responderé.

CÉSAR

No hayáis miedo  
que os pueda comprometer  
la respuesta. ¿Sois de Aurora  
padre?

GABRIEL

No conoció más  
que a mí por padre jamás.

CÉSAR

¡Oh! ¡No lo sois!

GABRIEL

En buena hora  
que no lo soy os diré;  
mas de este arcano la llave  
tengo solo.

CÉSAR

¿Ella no sabe?...

GABRIEL

Nunca se lo revelé.

CÉSAR

¿Y la amáis?

GABRIEL

Mucho, quizá

mucho más de lo que debo.

CÉSAR

¿Conque la guardáis?...

GABRIEL

¡Mancebo!

CÉSAR

Sí, para vuestra.

GABRIEL

Jamás.

Pero tened desde aquí,  
y, para siempre entendido,  
que es mujer que no ha nacido  
para vos ni para mí.

CÉSAR

¡Cielos!

GABRIEL

De toda esperanza  
despedíos.

CÉSAR

¿Ofrecida  
está a Dios?

GABRIEL

No: está elegida  
para prenda de venganza.

CÉSAR

¿Vuestra?

GABRIEL

Yo no voy en pos  
de venganzas.

CÉSAR

¿Es quizá  
de su familia?

GABRIEL

De más

arriba.

CÉSAR  
¡Del rey!

GABRIEL  
De Dios.  
(¡Imposible atar un cabo!  
¡Su ser parece que abarca  
con la altivez del monarca  
la abnegación del esclavo!)

*Escena III*

DON CÉSAR, GABRIEL, un ALGUACIL.

ALGUACIL Su señoría el alcalde  
don Rodrigo.

CÉSAR  
En el momento  
volved a vuestro aposento.

GABRIEL  
La entrevista será en balde.

*Escena IV*

DON CÉSAR, DON RODRIGO.

RODRIGO  
¿Seguros ambos?

CÉSAR  
Seguros,  
señor.

RODRIGO  
Todo lo recelo  
de él, que es audaz.



CÉSAR  
Sin embargo,  
no temáis ningún extremo.

RODRIGO  
¿Le has hablado?

CÉSAR  
Sí, un instante.

RODRIGO  
¿Y qué dice? ¿Muestra miedo  
de la justicia?

CÉSAR  
Ninguno.

RODRIGO  
Bravea, ¿eh?

CÉSAR  
Nada de eso;  
tranquilo está; tal vez tiene  
de justificarse medios.

RODRIGO  
Imposible: en contra suya  
tengo datos manifiestos.

CÉSAR  
¿Sabéis ya?...

RODRIGO  
Nada. Hilo a hilo  
voy la madeja cogiendo.  
Parece que hay en la vida  
de ese hombre tantos enredos  
que sólo a fuerza de maña  
y paciencia, deshacerlos  
es posible. Mas no es  
lo que me trae más inquieto  
lo intrincado del negocio,  
que el laberinto estoy hecho  
a recorrer de las leyes.  
Acósame el alma empero  
una agitación, que no

sé distinguir con acierto  
si es afán o repugnancia,  
si es duda o presentimiento.  
Hay un punto de la historia  
de ese hombre cuyo misterio  
del tiempo de mi mayor  
pesar me trae un recuerdo.

CÉSAR  
¿De cuándo?

RODRIGO  
Tú no lo sabes:  
eras aún pequeñuelo.  
Luego, estas causas políticas  
de Portugal me trajeron  
siempre desgracias. Parece  
que el destino, con empeño  
fatal para mí, me pone  
portugueses siempre en medio  
de mi camino. Seis años  
anduve por aquel reino  
en comisión especial,  
los rebeldes persiguiendo,  
y como todos conspiran  
contra el rey y su gobierno,  
yo soy allí detestado.

CÉSAR  
Fuisteis quizá muy severo.

RODRIGO  
Fui de Felipe segundo  
leal servidor. Tan terco  
como ellos en resistirse  
fui yo en desplomar sobre ellos  
todo el rigor de las leyes,  
y a fe que no me arrepiento.  
Rebeldes eran: cumplí  
con mi obligación; mas tengo  
todavía que volverles  
cierta partida, y si puedo,  
quedarán tan bien pagados  
como yo bien satisfecho.  
Mas las horas vuelan. César,  
déjame aquí con el preso.

Guarda esa puerta por fuera  
y si llamo acude presto.

*Escena V*

DON RODRIGO

Las diligencias primeras  
terminaron, y el proceso  
está entablado. ¡Malditos  
portugueses!... ¡Qué de enredos!  
Dieciséis, y gente toda  
de probidad, de respeto  
y hasta de ciencia, declaran  
que en el fondo de su pecho  
existe la convicción  
de que el trágico suceso  
es falso y que están seguros  
de que en África no ha muerto,  
Unos en Cintra le han visto,  
y en Cintra fue donde él mismo  
dijo que compró su espada.  
Otros cruzando le vieron  
el Tajo una tarde; el fraile  
dice que en su monasterio  
le rezó él mismo una misa  
antes del alba, y a esto  
para obligarle, del Papa  
le mostró bula, y que cierto  
está de que él era. Y todos  
afirman con juramento  
que fueron a Madrigal  
y que le reconocieron.  
Ahora bien, señor alcalde,  
pise su merced con tiento,  
que es la tierra escurridiza.  
O es él, o no; en los decretos  
de Dios todo cabe y todo  
cabe en los humanos yerros.  
Si en verdad es él, alcalde,  
no será en verdad muy cuerdo  
ahorcarle sin dar al rey  
de todo aviso primero.  
Si es un impostor... también  
le avisaré, y a lo menos,

si se yerra, entre los dos  
el error compartiremos.

*Escena VI*

DON RODRIGO, GABRIEL.

RODRIGO  
¡Hidalgo!

GABRIEL  
Más alto pico.

RODRIGO  
¿Caballero?

GABRIEL  
Todavía  
más alto.

RODRIGO  
Su señoría  
me excuse si no le aplico  
su título verdadero.  
Mas hablemos un instante  
y de hoy para en adelante  
no erraré en él, porque espero  
que aquí y a solas los dos  
me diréis la jerarquía  
que ocupáis.

GABRIEL  
Su señoría  
espera bien, pues ¡por Dios  
que sabiendo yo quién es  
debo de hablar sin reparo!

RODRIGO  
Eso quiero, que habléis claro.

GABRIEL  
Ya veréis.

RODRIGO

Decidme, pues,  
señor Gabriel.  
(Va a sentarse a la mesa.)

GABRIEL  
Un momento,  
señor don Rodrigo.

RODRIGO  
¿Qué?

GABRIEL  
¿Vais a sentaros?

RODRIGO  
Sí, a fe.  
(Se sienta.)

(GABRIEL trae con mucha calma una silla y la coloca frente a la mesa de DON RODRIGO.)

¿Qué hacéis?

GABRIEL  
Lo mismo; me siento.

RODRIGO  
Yo soy alcalde de corte.

GABRIEL  
Sí; mas no sabéis quién soy  
yo y si mal o bien estoy  
sentado ante vos.

RODRIGO  
¿Del porte  
audaz de que usáis conmigo,  
buenas razones supongo  
que me daréis?

GABRIEL  
Me propongo  
hacerlo así.

RODRIGO  
Pues prosigo.

GABRIEL  
Seguid.

RODRIGO  
La duda primera  
que al escucharos me asalta  
es la de que nombre os falta  
digno de vuestra alta esfera.

GABRIEL  
Lo tengo.

RODRIGO  
Pues no lo sé.

GABRIEL  
Gabriel Espinosa.

RODRIGO  
¿Un tal  
pastelero en Madrigal?

GABRIEL  
Sí.

RODRIGO  
Pues poneos en pie,  
señor pastelero.

(GABRIEL se levanta.)

Así:  
ante el juez sólo se sienta  
quien altos títulos cuenta.

GABRIEL  
Como me sucede a mí.  
(Se vuelve a sentar.)

RODRIGO  
(Ir le tengo de dejar  
por donde quiera, y a ver.)

GABRIEL  
(Pienso que mi proceder

le empieza a desconcertar.)

RODRIGO

¿Pues cómo oficio tan bajo,  
siendo tan alto, elegís?

GABRIEL

Por vivir, cual vos vivís  
de la ley, de mi trabajo.

RODRIGO

Mas mi toga y aranceles  
no deshonran.

GABRIEL

No, a fe mía;  
pero yo hacer no sabía  
otra cosa que pasteles.

RODRIGO

(No es lerdo el señor Gabriel.)

GABRIEL

(Astuto es el Don Rodrigo.)

RODRIGO

(Por aquí nada consigo,  
pero yo daré con él  
en tierra al fin.) ¡Caballero!

GABRIEL

Mandad.

RODRIGO

Una relación  
que os llamará la atención  
contaros quisiera.

GABRIEL

Espero  
que será, por lo galana,  
lo discreta y lo curiosa,  
la invención más ingeniosa  
del señor de Santillana.

RODRIGO

Pues oíd. Buen capitán  
más que rey, de fe tesoro,  
allá en las playas del moro  
murió el rey Don Sebastián.  
¿Supongo que de una historia  
tan pública oísteis algo?

GABRIEL

¡Si vierais qué poco valgo  
en esto de la memoria!

RODRIGO

En vuestro horno no me extraña  
que estéis de noticias falto.

GABRIEL

Sé que a su muerte de un salto  
pasó Portugal a España.

RODRIGO

Justo; mas hoy los noveles  
vasallos, por sacudir  
sus leyes, dan en decir  
a los pueblos a ellas fieles  
que ha sido una usurpación,  
y pregonan de concierto  
del re y en África muerto  
la fausta resurrección.

GABRIEL

¡Oiga! No está mal pensado.

RODRIGO

No; mas la dificultad  
era el dar en realidad  
con el rey resucitado.  
Buscósele con esmero  
y hallóse, por toda cosa,  
un tal Gabriel Espinosa,  
en Madrigal pastelero.

GABRIEL

Vamos, ya caigo; el error  
de esta semejanza mía  
hizo a vuestra señoría  
creer que soy...



RODRIGO  
(Interrumpiéndole.)  
Un impostor.

GABRIEL  
¿Quién lo dice?

RODRIGO  
Yo lo digo,  
y el rey Felipe, y el mundo  
entero.

GABRIEL  
Pues miente el mundo,  
y el rey, y vos, Don Rodrigo.

RODRIGO  
Inútil es vuestra audacia;  
testigos tengo allá fuera  
que os acusan por doquiera  
por impostor.

GABRIEL  
¡Vaya en gracia!  
Mas permitid que os arguya:  
para llamarme impostor,  
esa impostura, señor,  
ha de ser mía y no suya.  
¿Y dónde hay hombre capaz  
de jurar que he dicho yo  
que era el rey?

RODRIGO  
Vos mismo no.

GABRIEL  
Entonces dejadme en paz.  
Si yo me parezco a un rey  
y el vulgo por rey me tiene,  
citar al vulgo os conviene,  
pero no a mí, ante la ley.

RODRIGO  
¡Espinosa!

GABRIEL

Don Rodrigo,  
aunque en leyes sois muy ducho,  
os falta que aprender mucho  
para habéros las conmigo.  
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza  
que a ser yo el que habéis pensado  
estaríais vos sentado  
y cubierta la cabeza?

(DON RODRIGO se levanta y se descubre conforme va hablando GABRIEL.)

Rodrigo de Santillana,  
a ser yo el que habéis creído  
hubierais vos ya salido  
¡vive Dios! por la ventana.

RODRIGO

(Por quien soy que me ha turbado.  
¿Si contarán con razón  
lo de la resurrección?)

GABRIEL

(¡Pobre juez!)

RODRIGO

(No habría osado  
palabras tan arrogantes  
decir.) Señor... Si en mal hora...

GABRIEL

Ni tan bajo como ahora  
ni tan alto como antes.

RODRIGO

(Tanta majestad me asombra.)  
Gabriel, quienquiera que seáis,  
manda en mí el rey que digáis  
quién sois en fin.

GABRIEL

Una sombra.  
Y porque acabemos voy,  
y afanes para excusaros,  
señor Santillana, a daros  
cuenta exacta de quién soy.

Nací donde quiso Dios;  
si de noble raza, bien  
se demuestra en mí; de quién  
me importa callar, y a vos  
saber de mí no os importa.  
Prestadme empero atención,  
pues va a ser mi relación,  
cuanto complicada, corta.  
Apenas cumplí la edad  
que se llama juventud,  
con loca solicitud,  
con ciega temeridad  
abandoné mis hogares  
y en más remoto hemisferio  
dueño del mayor imperio,  
pirata fui de los mares.  
En ellos, profundo osario  
de cien bajeles, guerrero  
alcé mi estandarte fiero,  
de Asia y Europa corsario,  
y amontoné más tesoros  
que guarda el mar en su centro  
y arenas quemadas dentro  
de sus desiertos los moros.  
Ebrio con tanta riqueza  
dejé mi gente y la mar,  
queriendo en tierra ostentar  
mi valor y mi grandeza,  
y con el nombre supuesto  
de marqués de Mari-Alba,  
al lado del duque de Alba  
gané en sus glorias un puesto  
y en la cabeza esta herida;  
(La muestra.)  
bien es que al que me la abrió  
con mi espada le abrí yo  
las puertas de la otra vida.

RODRIGO

No os daría poca pena  
después.

GABRIEL

¡Fue un fatal desliz!...

RODRIGO

(Mirándole a la frente.)  
No es mala la cicatriz.

GABRIEL

La cuchillada fue buena.  
No me tendió, sin embargo;  
el furor me mantenía  
y combatí todavía  
hasta caer tiempo largo.  
Mas hartó al fin del oficio  
de lidiar en tierra firme,  
licencia para salirme  
por entonces del servicio  
al duque de Alba pedí.  
Díomela el duque cortés,  
y vedla.  
(Le da un papel.)

RODRIGO

Su firma es:  
para el marqués...

GABRIEL

Para mí.  
Di, pues, vuelta hacia la Corte,  
sirviéndome mucho en ella  
primero mi buena estrella,  
después mi lujoso porte.  
Por ese tiempo, de vos  
nadie hablaba todavía  
y a mí el rey me recibía  
con grande amistad.

RODRIGO

(¡Gran Dios,  
entonces fue cuando vino  
el monarca portugués  
a Castilla! ¿Será, pues,  
este hombre?) ¿Quién previno  
más festejos a usarced?

GABRIEL

No hay por qué ocultarlo al fin;  
el conde de Medellín  
con tantos me hizo merced  
que corresponder no supe

como era mi obligación.

RODRIGO

¿Y os tuvo tal atención  
en Madrid?

GABRIEL

No: en Guadalupe.

RODRIGO

¿En ese pueblo?

GABRIEL

Sí tal.

RODRIGO

No recuerdo de que allí...

GABRIEL

Al rey de España en él vi  
junto al rey de Portugal.  
Después... abrid, Santillana,  
un paréntesis aquí,  
y poned en él de mí  
cuanto mal os diere gana.  
Basteos saber, don Rodrigo,  
que perdí mi oro y mi gloria  
sin que una buena memoria  
me quedara, ni un amigo.  
Por tierra extranjera anduve  
errante como un bandido,  
y el pan que en ella he comido  
que mendigármelo tuve.  
Mas el desengaño, al fin,  
¿qué ánimo feroz no doma?  
Llegué arrepentido a Roma  
remando en un bergantín.  
Visité a Su Santidad;  
confesión le hice de todo  
y el Santo Padre halló modo  
de absolverme en su piedad,  
dándome por penitencia  
de los pecados sin cuento  
que abrasan mi pensamiento  
y me abruman la conciencia,  
que emprendiera el viaje entero

del Santo Sepulcro a pie.

RODRIGO

¿Y lo hicisteis?

GABRIEL

Por la fe

lo juro de caballero.

Y aún fue más: Su Santidad

me ordenó que renunciara

mi jerarquía y que echara

mi nombre en la eternidad.

He aquí por qué no os lo digo.

Penitente le arrojé

dentro de ella y le olvidé

para siempre, don Rodrigo.

RODRIGO

¡Interesante proemio!

Y a ser cierto...

GABRIEL

Lo es tanto

que tengo del Padre Santo

por testimonio y por premio

esta bula. Me conviene

que la leáis.

(Le da otro papel.)

RODRIGO

Os la tomo.

No está vuestro nombre.

GABRIEL

¿Y cómo,

si a quien se dio no le tiene?

RODRIGO

Proseguid.

GABRIEL

Mi protector

el Papa en sus santos juicios

utilizar mis servicios

imaginó, y fiador

constituyéndose mío,

me envió a un poderoso estado,  
que al verme tan bien fiado  
fió un bajel a mi brío.  
Venecia fue nuevamente  
del corsario protectora;  
ved de tan noble señora,  
don Rodrigo, la patente.  
(Le da otro papel.)  
Volví al mar; del africano  
las costas guardando anduve  
y en un combate que tuve  
los dos dedos de esta mano  
perdí; mas, su nave hundida,  
cogí a mi enemigo preso.  
La mano llevo por eso  
siempre en el guante metida.  
El rumbo a Venecia di  
contento, cuando topé  
con un barco de no sé  
qué argelino; resolví  
abordarle, y por despojo  
de esta sangrienta jornada  
rescaté una desgraciada  
niña, a quien con noble arrojo  
defendía un pobre anciano,  
y a quien, según esperaba,  
iba a vender por esclava  
el argelino inhumano.

RODRIGO

¿Y esa niña es doña Aurora?

GABRIEL

Que pasa por hija mía.

RODRIGO

¿Familia, pues, no tenía?

GABRIEL

Y tiene.

RODRIGO

¿Por qué hasta ahora  
no se la habéis vos devuelto?

GABRIEL

Necesito presentar  
documentos que probar  
puedan que es ella, y resuelto  
estoy conmigo a guardarla  
mientras tanto.

RODRIGO  
¿Y dónde están  
los documentos?

GABRIEL  
Vendrán  
muy pronto, porque entregarla  
mucho a su padre me importa.

RODRIGO  
Pensáis que él os dé...

GABRIEL  
Al contrario;  
las riquezas del corsario  
son para ella.

RODRIGO  
Porción corta  
no será.

GABRIEL  
¡No habrá, a fe mía,  
quien competirla pretenda!  
Millones tiene en hacienda;  
millones en pedrería.

RODRIGO  
¿Dónde?

GABRIEL  
En Venecia.

RODRIGO  
¿Estarán  
en el poder?...

GABRIEL  
Del Estado.  
Es ahijada del Senado



serenísimo y tendrán  
que devolvérsela salva  
sus parientes a Venecia  
rica y libre, cual la precia  
el marqués de Mari-Alba.  
Ya nuestra historia sabéis.  
A que viene a Madrigal  
y a qué voy a Portugal,  
indagadlo si podéis.  
Ni sabréis de mí otra cosa,  
ni nadie más de mí sabe;  
sólo Dios tiene la llave  
del corazón de Espinosa;  
y si más de lo que digo  
saber importa a la ley  
llevadme a Madrid; el rey  
me conoce, don Rodrigo.

RODRIGO

(Su altivez en confusión  
me pone y su majestad  
me asombra. ¿Será verdad  
lo de la resurrección?  
Si miente lo hace con tal  
aplomo y con tanta fe,  
que a poco más le daré  
por el rey de Portugal.  
Mas no ha de quedar por mí.  
Yo he de apurar este arcano;  
no dirán que de un villano  
impostor juguete fui.)

(Llama DON RODRIGO y habla en secreto con un ALGUACIL, que se vuelve a marchar.)

GABRIEL

(¿Secretos con el ministro  
de justicia? Estoy al cabo:  
tenemos careo; alabo  
por sorprendente el registro.)

*Escena VII*

DON RODRIGO, GABRIEL, el MARQUÉS DE TAVIRA.

GABRIEL se aparta a un lado y, sentándose, se mantiene en toda esta escena dando la espalda al MARQUÉS.

RODRIGO

Señor marqués, perdonad  
si cumpliendo obligaciones  
de juez...

MARQUÉS

Vuestras atenciones  
os agradezco en verdad;  
pero advertid que mañana  
quiero dejar a Castilla,  
y que el mesón de una villa  
no es el lugar, Santillana,  
que me conviene; os prevengo  
que hombre soy muy principal  
y de todo Portugal  
la sangre más limpia tengo.

GABRIEL

(Si mi mente no delira,  
¡por Dios, que está en mi presencia  
la hinchada magnificencia  
del buen marqués de Tavira!)

RODRIGO

No os he de faltar en nada;  
mas quiero que me digáis  
sin doblez cuanto sepáis  
de aquella fatal jornada  
de África; corre el rumor  
por ahí de que no es cierto  
que Don Sebastián ha muerto;  
y aun hay algún impostor  
que usurpa su augusto nombre.

GABRIEL

(Y el gesto y el ademán.  
(Mirándole.)  
¡Pobre rey Don Sebastián  
si en manos cae de este hombre!)

RODRIGO

Conque decid: ¿es verdad

que en África el rey murió?  
Que allá estuvisteis sé yo  
con toda seguridad.  
Hablad, marqués de Tavira;  
vuestra nobleza es notoria.  
No echéis en su ejecutoria  
el borrón de una mentira.

MARQUÉS

Inexperto capitán  
de mi edad en el vigor,  
esclavo fue mi valor  
de mi rey Don Sebastián.  
Juntos un mismo bajel  
a tierras del africano  
nos llevó; como un hermano  
al combate fui con él.  
Un mar de sangre corrió.  
Pero al partirse la suerte  
sólo el baldón y la muerte  
a nosotros nos tocó.

GABRIEL

(No sé por qué la memoria  
de ese lance me entenece  
y me irrita; no parece  
sino que cuentan mi historia.)

MARQUÉS

El rey, que escudo y celada  
tiró para más grandeza  
de valor, en la cabeza  
recibió una cuchillada  
tal, que la frente serena  
le rajó hasta la nariz.

RODRIGO

(A GABRIEL.)  
¡No es mala esa cicatriz!

GABRIEL

La cuchillada fue buena.

RODRIGO

(Al MARQUÉS.)  
Seguid.

MARQUÉS

El rey, nuevo Marte  
de tan sangrienta jornada,  
continuó, rota la espada,  
defendiendo su estandarte,  
hasta que el filo fatal  
de un yatagán africano  
segó de su izquierda mano  
dos dedos.

RODRIGO

(A GABRIEL.)

Si no oí mal  
me habéis dicho...

GABRIEL

(Con calma y sin volverse.)

Que perdí  
dos dedos en un combate  
naval.

RODRIGO

Marqués, el remate  
de la batalla.

MARQUÉS

Caí

bajo un hachazo a los pies  
de mi rey... y no vi más;  
perdí el sentido.

RODRIGO

Quizás  
al recobrarle después...

MARQUÉS

Ya no le hallé; con la luna  
tomé del mar el camino,  
maltratado peregrino,  
caballero sin fortuna,  
llevando en el corazón  
el recuerdo de una hazaña  
que será, no para España,  
para su rey un baldón.

RODRIGO

¡Señor marqués de Tavira!  
Esa frase infamatoria...

MARQUÉS

No tendrá mi ejecutoria  
el borrón de una mentira.

RODRIGO

Conque, en fin, ¿el rey murió?

MARQUÉS

No lo sé, ¡por vida mía!  
Si lo supiera os diría,  
señor alcalde, que no.

RODRIGO

(Al MARQUÉS, llevándole aparte.)  
¿Buena memoria tenéis?

MARQUÉS

Buena.

RODRIGO

¿Y vista?

MARQUÉS

Perspícaz.

RODRIGO

Si vive y le veis, ¿capaz  
de conocerle seréis?

MARQUÉS

¡Si vive habéis dicho!

RODRIGO

Sí.

MARQUÉS

¿Tenéis, pues, noticias de él?

RODRIGO

¿Recibisteis un papel  
anónimo?

MARQUÉS

Recibí  
uno ayer.

RODRIGO

¿Y qué os decía?

MARQUÉS

Las señas de un personaje  
me daban que iba de viaje  
y aquí a hospedarse vendría;  
mandábanme a un comerciante  
que me daría dinero  
para pagar del viajero  
el gasto, y que en el instante  
fuera a cobrarlo y corriera  
con el pago, y tras el tal  
viajero hacia Portugal  
la vuelta sin falta diera.

RODRIGO

¿Y cobrasteis?

MARQUÉS

Sí, cobré.

RODRIGO

¿Y pagasteis?

MARQUÉS

¿Pues cobrado  
por mí, no fuera pagado?

RODRIGO

Perdonad, ¿e iréis?

MARQUÉS

Iré.

RODRIGO

¿Luego sabéis de quién es  
el anónimo?

MARQUÉS

Aunque no  
lo sé, jamás me engañó

en uno.

RODRIGO

¿Os ha escrito, pues,  
otros?

MARQUÉS

Varios.

RODRIGO

Sobre asuntos...

MARQUÉS

Secretos.

RODRIGO

Mas ¿ciertos?

MARQUÉS

Sí.

Siempre que salieron vi  
ciertos en todos sus puntos.

GABRIEL

(¡Con famosos servidores  
cuenta el rey Don Sebastián!)  
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan  
con tontos o con traidores!)

MARQUÉS

Si he concluido, no es cosa  
de estarme aquí sin provecho.

RODRIGO

Perdonadme que aún insista;  
mas ya que memoria y vista  
tenéis, de ese hombre en acecho  
estad, y del rey en nombre  
os mando decir, marqués,  
si le conocéis, quien es.

GABRIEL

(Santillana es todo un hombre.)

MARQUÉS

(¿Qué diablos de juego es éste?)

Posición más engorrosa!)

RODRIGO

(A GABRIEL.)

Señor Gabriel Espinosa,  
permitid que os manifieste  
que habéis descortés andado  
con el marqués de Tavira  
que está mirándoos con ira.

GABRIEL

¿Se lo habéis vos ordenado?

RODRIGO

Ved que son los portugueses  
quisquillosos; despedidle  
al menos; vamos, decidle  
cuatro palabras corteses.

GABRIEL

Voy, pues que vos lo queréis.

RODRIGO

(Yo apuraré la mentira.)

GABRIEL

¿Señor marqués de Tavira?

MARQUÉS

¡Jesucristo!

GABRIEL

¿Qué tenéis?

MARQUÉS

Señor... ¿Sois vos?... ¿Aún vivís?

GABRIEL

¡Si vivo! ¿Pues no lo veis?

¿Pero qué diablos decís?

MARQUÉS

¡Ese gesto, ese ademán,  
esa voz, ese semblante  
que no olvidé ni un instante!  
(Cae de rodillas.)



Es el rey Don Sebastián.

GABRIEL

¡Imbécil! A ser de cierto  
Don Sebastián, ¿no reparas  
que antes que me delataras  
a mis pies te hubiera muerto?

MARQUÉS

¡Jesús!

GABRIEL

Señor Santillana,  
¿que sé, daréis por supuesto,  
que sois vos quien me ha dispuesto  
una farsa tan villana?

RODRIGO

¡Yo! ¿Farsa?... ¿Y con qué interés?

GABRIEL

Salta a los ojos; es fuerza  
que ya la opinión se tuerza  
del buen pueblo portugués.  
Interesa a un impostor  
ahorcar porque más en él  
no espere y soy yo, Gabriel,  
el que os parece mejor.  
Ya veis que os he comprendido.  
Vos y ese hombre los traidores  
sois aquí y los impostores;  
con él estáis convenido.

RODRIGO

¡Yo!

GABRIEL

Traedme otro marqués.  
como ese; aunque sean doce.  
Ni ese sandio me conoce,  
ni es noble, ni es portugués.

(GABRIEL se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al MARQUÉS y a DON RODRIGO.)

*Escena VIII*

DON RODRIGO, el MARQUÉS DE TAVIRA.

RODRIGO

Ese hombre me va a volver  
el juicio a mí. ¡Por mi vida  
que está buena la salida!  
No me queda más que ver.  
Mas me pone en confusión  
su aplomo, su majestad  
y su audacia... ¿Habrá verdad  
en esta resurrección?

MARQUÉS

Sandio dijo..., sandio soy,  
mas contenerme no pude.

RODRIGO

¿Es él?

MARQUÉS

No habrá quien lo dude.

RODRIGO

¿Estáis seguro?

MARQUÉS

Lo estoy.

RODRIGO

¿Engañado no os habrán  
vuestro error y su apariencia?

MARQUÉS

No.

RODRIGO

¿Jurarais en conciencia?...

MARQUÉS

Que es el rey Don Sebastián.  
(Llamando.)

RODRIGO

El capitán Santillana.

*Escena IX*

DON RODRIGO, el MARQUÉS, DON CÉSAR.

RODRIGO

Ruégoos que me perdonéis,  
señor marqués, mas me obliga  
mi deber a hacer que el viaje  
suspendáis.

MARQUÉS

(Ya no podría  
continuarlo; ya le he visto  
y a verle nada más iba.)

RODRIGO

(A DON CÉSAR, aparte.)  
Escucha, César.

CÉSAR

Decid.

RODRIGO

Antes de que apunte el día  
deben de partir los presos.

CÉSAR

¿Adónde van?

RODRIGO

A Medina  
del Campo.

CÉSAR

¿Pues qué razones  
hay?

RODRIGO

Dos: aquí la atrevida  
audacia de algunos pocos  
que mucho a Gabriel estiman

pudiera hacer un arresto  
y burlar a la justicia.

CÉSAR

¿Sabéis, pues?...

RODRIGO

Yo no sé nada.

La situación se complica  
de tal modo que no hay ciencia  
ni sagacidad que sirvan  
para dominarla. Doña  
Ana de Austria, sobrina  
del rey y abadesa ahora  
de las monjas agustinas  
de Madrigal, y otras muchas  
personas como ellas dignas  
de respeto, es menester  
que declaren. En la villa  
de Madrigal peligroso  
fuera instalarme. En Medina  
hay cárcel segura, estoy  
casi a la distancia misma  
de aquí que de Madrigal,  
y hay algunas compañías  
de arcabuceros.

CÉSAR

¿Pues tantas  
precauciones son precisas?

RODRIGO

Todas son pocas tratándose  
de una cabeza proscrita,  
que puede hacer la desgracia  
de toda una monarquía.  
Tú le escoltarás, y luego  
partirás a toda prisa  
a la corte, para el rey  
con una consulta mía.  
Voy a mandar las literas  
traer, y estar prevenida  
la escolta que has de llevar.  
César, la más exquisita  
vigilancia ten; con ellos  
vas guardando nuestras vidas.

Adiós. Seguidme si os place,  
señor marqués de Tavira.

*Escena X*

DON CÉSAR, después DOÑA AURORA.

DON CÉSAR aguarda a que se vayan DON RODRIGO y el marqués. Escucha un momento a la puerta del fondo y va a abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de DOÑA AURORA, llamándola con precaución.

CÉSAR

¿Aurora?... ¿Aurora?... Cerráronla  
en la cámara vecina  
sin duda porque no oyera  
lo que en ésta sucedía.  
(Entra y vuelve a salir con DOÑA AURORA.)  
Venid, Aurora.

AURORA

¿Qué pasa,  
capitán, que así os obliga  
a llamarme?

(DON CÉSAR cierra la puerta del fondo.)

¿A qué cerráis  
las puertas con tanta prisa?

CÉSAR

¡Aurora, Aurora! Esta casa  
es ya una cárcel sombría  
para vosotros.

AURORA

¡Dios mío!  
¿Qué decís?

CÉSAR

De la justicia  
en poder estáis. Gabriel  
con pertinacia inaudita  
se obstina en callar, e inútil  
todo es con él. Ni le obligan

las ofertas, ni le mueven  
los ruegos, ni le dominan  
las amenazas. Impávido  
hacia el abismo camina  
con el semblante sereno  
y en los labios la sonrisa,  
cual si pudiera de un soplo  
disipar la enfurecida  
tempestad en que sin rumbo  
va la nave de su vida.

AURORA

Capitán, es inflexible;  
sus acciones son siempre hijas  
de una decisión resucita  
y de una convicción íntima,  
y no cede.

CÉSAR

Pues os lleva  
esa condición altiva  
hoy, antes que raye el alba,  
a la cárcel de Medina  
bajo mi custodia.

AURORA

¿Entonces?...

CÉSAR

Ya os he dicho que no había  
ley ni deber que valiera  
para mí lo que una mínima  
insinuación vuestra. Habladle  
vos que sois su amor, su hija;  
habladle y decidle: «Huyamos;  
don César nos facilita  
la fuga, huyamos...» y huid,  
Aurora. Y ya que mi vida,  
por un tenebroso arcano  
que vuestro padre no explica,  
está ¡ay de mí! para siempre  
de la vuestra dividida,  
huid, y al menos debédme la  
aunque pierda yo la mía.  
Huid. Nada hay que me espante:  
seré traidor, si es precisa

la traición para salvaros.

AURORA

Dios hará que tal mancilla  
sobre vuestro honor no caiga.

(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de GABRIEL.)

Él va a salir... ¡Que me asista  
rogad al cielo!... Y dejadme  
con él.

(Vase DON CÉSAR, cerrando la puerta.)

Trae embebecida  
su alma en los pensamientos  
de hiel que le martirizan.

(Sale GABRIEL, sombrío, los brazos cruzados, sin ver a AURORA, que se ha retirado a un lado, y habla consigo mismo.)

*Escena XI*

DOÑA AURORA, GABRIEL.

GABRIEL

A él solo, sí, desenredar le toca  
la peligrosa red que se me tiende;  
sólo el rey puede descoser mi boca;  
él sólo; si me salva o si me vende,  
él con Dios se verá; no es cuenta mía.  
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea  
la que el cielo me dé; mas vendrá un día  
en que todo mortal con Dios se vea,  
y en aquel día en que de Dios espero  
temblar ante el semblante soberano,  
yo, de cetro en lugar, tener prefiero  
una palma de mártir en la mano.

AURORA

¿Ni una mirada para mí?

GABRIEL

Mi Aurora,  
único sol que en mi sombría frente  
disipa con la luz de una sonrisa

las nubes del pesar que la ennegrecen,  
perdóname si en reflexiones tristes  
abismado ante ti pasé sin verte.  
Mas ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?  
¿Por qué la agitación que te conmueve?  
¿Qué te asusta, mi bien?

AURORA

Riesgos traidores  
te acechan por doquier, tal vez la muerte,  
¿y te admira, señor, de que mi llanto  
copioso y triste mis mejillas riegue?

GABRIEL

Te engañas.

AURORA

Tú. La misteriosa nube  
que impenetrable tu existencia envuelve  
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue  
de un juez, terror de cuantos nobles seres  
asilo hallaron, nacimiento o nombre  
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GABRIEL

¿Quién te lo ha dicho?

AURORA

Yo lo sé.

GABRIEL

Pregunto  
quién te lo ha dicho.

AURORA

El capitán, que tiene  
más de leal, de noble y generoso  
que tú de franco con quien más te quiere.

GABRIEL

¡Aurora!

AURORA

No receles que mis labios  
dejen salir palabras imprudentes  
que a impulso de un amor desatinado



complique más la situación presente.

GABRIEL

¿De don César, al fin, desventurada  
al fuego dio tu corazón albergue?

AURORA

Mi corazón entero es de otro hombre  
y me son los demás indiferentes  
Ni te hablara yo de él en esta hora  
que habrá de ser para los dos solemne.  
Yo quiero al capitán porque tú mismo  
me viniste a decir: «Aurora, quíerele;  
mas yo le quiero porque tú lo mandas,  
porque quiero no más lo que tú quieres.

GABRIEL

Quiérelle, Aurora, porque ya es acaso  
el solo amigo que tu padre tiene.

AURORA

¡Mi padre, sí, mi cariñoso padre!...  
¿No es éste el nombre que emplear conviene  
en esta situación?

GABRIEL

Silencio, Aurora;  
que es el encanto de mi vida advierte  
ese nombre feliz.

AURORA

Pero ese nombre,  
dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GABRIEL

¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

AURORA

La que a tu lado y con placer mil veces  
y acaso en busca de la paz perdida  
veló tu sueño y sorprendió inocente  
tu secreto.

GABRIEL

¡Gran Dios! ¿Y nada dije  
de mi vida anterior? ¿De otros placeres,

de otros tiempos, en fin?

AURORA

Nada dijiste,  
nada, señor; mas aunque dicho hubieres  
en el pecho de Aurora lo enterraras,  
que en ti a sufrir como a callar aprende.

GABRIEL

(¡Miserable de mí! Porque el misterio  
que intentan aclarar oculto quede  
siempre en mi corazón, ¿será preciso  
que yo mismo la lengua me cercene?)  
(GABRIEL escucha desde aquí como distraído en sombrías reflexiones.)

AURORA

Padre...

GABRIEL

Explícate, Aurora.

AURORA

Oye: al impulso  
de una curiosidad impertinente,  
o de otro sentimiento inexplicable  
que en mí se agita y que en mi alma enciende  
la misteriosa luz de una esperanza  
lejana, incierta, misteriosa, débil,  
cedí, señor, y en la callada noche  
mi lecho abandoné... porque a mi mente  
mil visiones de amor se amontonaron  
en confuso tropel, puras y alegres  
como las olas que la mar en calma  
sobre sus lomos incansables mece;  
como las aves que en el árbol saltan  
trinando al son de la escondida fuente.

GABRIEL

Prosigue, Aurora.

AURORA

Abandoné mi lecho  
y al tuyo me acerqué, como quien teme  
ser sorprendido en criminal intento  
por un extraño que a su lado duerme.  
Tu faz un punto contemplé y mi labio

un ósculo filial puso en tu frente.  
¿Me oyes, Gabriel?

GABRIEL

Prosigue, Aurora mía,  
tu voz la voz de un ángel me parece.

AURORA

Al contacto sutil del labio mío  
sonreíste, señor; y tu voz débil  
oí que el nombre mío murmuraba  
entre esos ayes con que el mal divierte  
de una pasión el que vivió en el mundo  
secretos hondos ocultando siempre;  
y entonces supe por la lengua misma  
que hablar en sueños indiscreta suele,  
que si es la tuya misterioso arcano  
espesa sombra mi existencia envuelve

GABRIEL

¿Y entonces?

AURORA

Me aparté ruborizada  
de quien mi padre no es; sentí más fuerte  
latir mi corazón; sentí otra sangre  
circular por mis venas más ardiente;  
sentí en presencia del mayor cariño  
mi cariño filial desvanecerse,  
y al apartarme de tu lecho trémula  
un ósculo de amor grabé en tu frente.

GABRIEL

No lo digas jamás, Aurora mía.  
Jamás a nadie tu pasión reveles.  
Quema los labios que en mi frente seca  
pusiste; quema el corazón rebelde  
que, el cariño filial de sí arrojando,  
dio a mi cariño en su lugar albergue.

AURORA

Es ya tarde, Gabriel. Mi amor es hijo  
de tu callado amor.

GABRIEL

Tú lo mereces;

tú eres la sola flor que brotar hizo  
en mi camino Dios... Dios, que al ponerme  
sobre la tierra, me alfombró de espinas  
la senda que mis pies recorrer deben;  
pero yo no merezco tu amor santo;  
yo soy un árbol cuyo tronco estéril  
despojado de vida por el rayo,  
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AURORA

No, no; tú eres un árbol cuya sombra  
cobijó mi niñez; cuyo ámbar bebe  
mi pobre corazón, de quien tú sólo  
sombra, delicia y alimento eres.  
Dios me entregó a tus brazos en mi infancia,  
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente  
brotase, para encanto de tu vida,  
de esta pasión correspondida el germen.

GABRIEL

Tienes razón, Aurora; reconozco  
en tu amor la piedad omnipotente.  
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo  
te envía... un ángel de los cielos eres.

AURORA

Escúchame, Gabriel.

GABRIEL

Habla.

AURORA

En el nombre  
de esa pasión que en nuestras almas hierva  
desaparezcan hoy esos misterios  
que nuestras dos historias oscurecen.

GABRIEL

Imposible.

AURORA

No temas que me espante,  
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote  
de haberte amado nunca.

GABRIEL

Es imposible.

AURORA

Habla. Dime quién soy; dime quién eres.  
Si eres villano y en tus venas viles  
la sangre impura y maldecida tienes  
de raza hebrea o de morisca tribu,  
yo te amaré, Gabriel; si reales puedes  
ostentar de tu estirpe en el escudo  
coronados y esplendidos cuarteles,  
yo te amaré, Gabriel; si eres acaso  
criminal fugitivo y por mí temes  
de un patíbulo infame la deshonra,  
yo te amaré, Gabriel; llama si quieres  
a un sacerdote y que con lazo eterno  
anude nuestras almas; y no pienses  
que el deshonor de criminal memoria  
me humille. Te amo con amor tan fuerte  
que oraré mientras viva en tu sepulcro,  
orgullosa del nombre que me dejes.

GABRIEL

¡Calla, Aurora, deliras!

AURORA

Un momento,  
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes  
Si eres un impostor, un ambicioso  
cogido al fin entre sus propias redes,  
huyamos; tienes ocasión y tiempo.  
Sí, nuestra fuga el capitán protege;  
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia  
arrastrando a remoto continente.

GABRIEL

¡Aurora!

AURORA

Hoy a la cárcel de Medina  
rayando el alba trasladarnos deben,  
y el capitán, que en nuestra guarda parte...

GABRIEL

Silencio, Aurora, ¿deshonrarle quieres  
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo  
cuando en su guarda el infeliz me lleve

morirá en mi lugar y que al fugarme  
me doy por criminal siendo inocente?  
Yo no huiré jamás; ni sé, ni quiero,  
ni nací para huir; ya muchas veces  
la he visto cara a cara, y en el pecho,  
no por la espalda, me herirá la muerte.

AURORA

Hiéranos a los dos un mismo golpe.

GABRIEL

Tú no debes morir; aún que hacer tienes  
sobre la tierra.

AURORA

¿Qué sin ti?

GABRIEL

Llorarme.

AURORA

¿Lo mandas?

GABRIEL

Yo, no: Dios; obedece.  
Dios me pone en los labios un candado;  
no lo intentes romper. Pura, inocente,  
noble eres tú; si a deshonrada tumba  
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.  
Inclina, Aurora, la cabeza humilde  
bajo la voluntad omnipotente,  
y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora.  
Mártir me quiere Dios y obedecerle  
es fuerza. Vive; y si te dice el mundo  
que he sido un impostor, el mundo miente.  
Yo no he dicho jamás que era el que buscan  
y a morir me enviarán sin conocerme.  
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora  
mientras los hombres libertad te dejen;  
y si te culpan como a mí, en silencio  
digna siempre de mí como yo muere.

AURORA

¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,  
Gabriel; digna de ti quiero ser siempre.

*Escena XII*

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR.

CÉSAR  
Don Rodrigo sube.

GABRIEL  
(A DON CÉSAR.)  
Oíd  
antes. Si en algo apreciáis  
a Aurora, ved cómo enviáis  
ese papel a Madrid.

(GABRIEL da una carta a DON CÉSAR, que la toma rápidamente.)

CÉSAR  
Sabéis que mi fe la aprecia  
en más que mi mismo honor.  
Yo lo llevaré.

GABRIEL  
Al señor  
embajador de Venecia.

*Escena XIII*

Dichos, un ALGUACIL, después DON RODRIGO.

ALGUACIL  
(Entrando.)  
Su señoría.

GABRIEL  
Aguardamos  
sus órdenes.

RODRIGO  
(Entrando.)  
Os espera  
allá abajo una litera,

señor Gabriel.

(GABRIEL, tomando de la mano a DOÑA AURORA y dirigiéndose a la puerta, dice:)

GABRIEL

Pues partamos.

RODRIGO

¿Ni inquirís adónde vais  
ni tomáis vuestro equipaje?

GABRIEL

Vos que disponéis mi viaje  
sabréis cómo me lleváis.

RODRIGO

Conmigo.

GABRIEL

Pues ya tardamos.

RODRIGO

Vuestros cofres van con sellos.

GABRIEL

Haced lo que os plazca de ellos.

RODRIGO

Pues cuando gustéis.

GABRIEL

Pues vamos.

(Vanse: delante GABRIEL con DOÑA AURORA, luego DON RODRIGO y DON CÉSAR.)

### ACTO III

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo; balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de GABRIEL; puertas a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.



*Escena I*

DON RODRIGO y el ESCRIBANO, sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente, y como ajeno a lo que pasa a su rededor.

ESCRIBANO

Señor, no duermes.

RODRIGO

¿Y qué mal  
halláis en que esté despierto?

ESCRIBANO

Que escucha.

RODRIGO

Es un hombre muerto;  
que escuche o no ya es igual.  
Seguid leyendo.

ESCRIBANO

(Tomando un papel de la mesa.)  
Un oficio  
del doctor don Juan de Llanos.

RODRIGO

¿Qué dice?

ESCRIBANO

Que siendo vanos  
interrogatorio y juicio,  
mandó dar a fray Miguel  
el día cinco tormento.

RODRIGO

¿Y qué dijo?

ESCRIBANO

Que era invento  
suyo lo de que Gabriel  
fuese el rey de Portugal,  
y que le movió a este engaño  
el intento de hacer daño  
al rey don Felipe.

RODRIGO

Mal  
salió. Leed.

ESCRIBANO  
(Otro papel.)  
Petición  
de la nominada Aurora.

RODRIGO  
¿Y qué pide esa señora?

ESCRIBANO  
Ver a su padre.

RODRIGO  
Ocasión  
llegará de que le vea  
cuando esté ya confirmada  
su sentencia, y no haya nada  
que temer de que así sea.

ESCRIBANO  
(Otro papel.)  
Novena solicitud  
del preso llamado Arbués.

RODRIGO  
¿Qué solicita?

ESCRIBANO  
Que, pues  
vivirá poco, en virtud  
de haberle dado tormento,  
se quisiera despedir  
de su amo antes de morir.

RODRIGO  
No ha lugar hasta el momento  
de la real confirmación  
de su sentencia, si vive.

ESCRIBANO  
(Otro papel.)  
Una carta que os escribe  
un anónimo.

RODRIGO

Cuestión  
diaria: amenazas, fieros  
contra mí y contra los jueces;  
juramentos y sandeces  
de rebeldes o embusteros.  
Adelante.

ESCRIBANO

(Una carta.)  
Para el juez  
don Rodrigo Santillana;  
llegó de Madrid.

RODRIGO

¡Pardiez!  
¿Y así os estabais con ella?  
Dadme acá.

ESCRIBANO

Tomad, señor.

RODRIGO

De César.  
(Leyendo.)  
«Del portador  
mañana sobre la huella  
partiré; media jornada  
ante mí llegará a esa.  
Ni puedo darme más priesa,  
ni hasta hoy el rey hizo nada».  
¡Gracias a Dios que tocamos  
en el fin de ese proceso!  
Llevaos vos todo eso,  
escribano.

ESCRIBANO

¿Os esperamos?

RODRIGO

Afuera; y si algún correo  
de la corte de Madrid  
llega, que suba decid  
al punto.

ESCRIBANO Está bien.

(Vase el ESCRIBANO.)

*Escena II*

GABRIEL, DON RODRIGO.

RODRIGO

(Deseo  
salir de este laberinto  
de una vez y de ese hombre  
a quien no hay nada que asombre.  
Me repugna por instinto.  
Su faz sombría, su calma  
imperturbable, su irónica  
conversación, su sardónica  
sonrisa eterna en el alma  
me infunden honda inquietud.  
No me acusa la conciencia  
de nada; di la sentencia  
con severa rectitud,  
conforme a ley; mas presiento  
que hay en todo esto un arcano  
que sondar pretendo en vano  
y deja sin complemento  
la obra de la justicia.  
Exhala ese hombre satánico  
no sé qué de frío y pánico  
Creo que me maleficia.  
En fin, poco resta ya.  
Si el rey la sentencia envía  
firmada, el último día  
es hoy que calor le da.)  
¿Dormís, señor Espinosa?

GABRIEL

Casi, casi, señor juez.

RODRIGO

¿Cansado estáis?

GABRIEL

¡Pse!

RODRIGO  
¿Tal vez  
sufrís dolor?

GABRIEL  
Poca cosa.

RODRIGO  
Aquí estaréis menos mal  
que en la torre.

GABRIEL  
Así, así.

RODRIGO  
Que apreciarais más creí  
mi caridad.

GABRIEL  
Me es igual.

RODRIGO  
¿Tal vez me guardáis rencor  
por la cuestión?

GABRIEL  
¡Brava pena,  
por Dios!

RODRIGO  
La prueba fue buena.

GABRIEL  
Pudo haber sido mejor.

RODRIGO  
Confieso que fue cruel  
el tormento.

GABRIEL  
Pero inútil.

RODRIGO  
¿Lo creéis prueba tan fútil?

GABRIEL

Ya lo veis.

RODRIGO  
Volver a él  
podemos aún.

GABRIEL  
Volvierais  
a ver lo que visteis ya.

RODRIGO  
La segunda vez quizá  
vuestro silencio romperais.

GABRIEL  
Sería inútil fatiga;  
y ahora que hablamos de esto,  
de hoy para entonces protesto  
contra todo cuanto diga;  
y ya podéis calcular  
que si en negar doy después  
lo dicho, el tormento es  
cuento de nunca acabar.

RODRIGO  
¡Por Dios que sois hombre fuerte  
y gastáis bizarro humor!

GABRIEL  
Soy terco y sufro el dolor;  
soldado soy, y a la muerte  
voy como iba a la pelea:  
Más despacio o más aprisa  
hallarla es cosa precisa,  
mas temerla es cosa fea.

RODRIGO  
Vuestra fortaleza envidio;  
mas noto en vos ha un momento  
tristeza y decaimiento.  
¿Qué tenéis?

GABRIEL  
Que me fastidio.

RODRIGO

¡Que os fastidiáis!

GABRIEL

Sí, a fe mía!

Tres meses ha que aquí estoy  
y lo mismo hacemos hoy  
que hicimos el primer día.

«Traed ante mí a Gabriel».

Vuelta vos a preguntar,  
vuelta yo a no contestar.

«Al calabozo con él».

Vuelve a amanecer el día,  
y vuelta a sacar al preso,  
y vuelta a leer el proceso,  
y vuelta a nuestra porfía.

«Hablad, señor Espinosa.

-No quiero, señor alcalde.

-Qué habéis de hablar. -Que es en balde».

Y siempre la misma cosa.

No hubo más que la semana  
en que me disteis tormento  
que variara... y ya me siento  
casi bueno, Santillana.

RODRIGO

Me amedrenta, ¡vive Dios!  
vuestra eterna sangre fría.

GABRIEL

También me amedrentaría  
a mí si fuera que vos.

RODRIGO

Vuestra osada impavidez  
cada día toma creces.

GABRIEL

Sí; parecemos a veces  
el reo vos y yo el juez.

RODRIGO

Es que a veces hallo en vos  
un misterio que me espanta.

GABRIEL

Es que tal vez se levanta

tras mí la sombra de Dios.  
(Pausa.)

RODRIGO

Yo creo, señor Gabriel,  
que no es Dios, es Satanás  
quien de vos está detrás  
y os dejáis llevar por él.  
¿A qué hombre de sano seso  
no hartaran vuestras pesadas  
continuas baladronadas  
que llenan vuestro proceso?  
¿Qué son, pues, vuestras preñeces  
y siniestras reticencias?

GABRIEL

Tembladlas si son sentencias;  
reídlas si son sandeces.

RODRIGO

Pues bien: hablad de una vez;  
si ese secreto fatal  
existe en vos, hacéis mal  
de ocultarlo a vuestro juez.  
Si sois quien juzgan, decid:  
«Yo soy»..., probadlo y mañana...

GABRIEL

(Variando de tono.)  
¿Cuándo vendrá, Santillana,  
el capitán de Madrid?

RODRIGO

Hoy mismo.

GABRIEL

¡Gallardo mozo!  
¿Le queréis mucho?

RODRIGO

¿Pues no,  
si es mi hijo?

GABRIEL

También yo  
le quiero bien y me gozo



con su vista. ¿No tenéis  
más hijos que él?

RODRIGO  
Nada más.

GABRIEL  
¿Ni los tuvisteis jamás?

RODRIGO  
Las preguntas que me hacéis,  
Espinosa...

GABRIEL  
Son sencillas.

RODRIGO  
No sé qué se me figura  
que hay en ellas...

GABRIEL  
¿Por ventura  
os pregunto maravillas?  
Tenéis un hijo mancebo  
y si hubisteis os pregunto  
más que él; no hay en el asunto  
de mi cuestión nada nuevo.

RODRIGO  
¡Jamás podré conseguir  
arrancar de vuestra faz  
ese sarcasmo tenaz!  
¿Qué me tenéis que decir?  
Acabemos, Espinosa.  
Esa burlona altivez  
que excita en mí alguna vez  
una duda misteriosa,  
¿qué significa? Parece  
que no os habéis convencido  
de que juzgado habéis sido,  
de que ya no os pertenece  
vuestra acotada existencia,  
y de que según la ley  
no falta sino que el rey  
confirme vuestra sentencia.  
¡Parece que en vuestro pecho

hay una firme esperanza  
que os da audacia y confianza  
contra esa ley!

GABRIEL  
Es un hecho.

RODRIGO  
¿Creéis que no firmará  
el rey?

GABRIEL  
Esa es cuenta suya.  
Dios por sus obras le arguya.  
¿Le habéis vos escrito ya  
que pido verle?

RODRIGO  
Y respuesta  
aguardo; ¿mas si apeláis  
al rey en vano?

GABRIEL  
Me ahorcáis,  
y se concluyó la fiesta.

(DON RODRIGO mira a GABRIEL con asombro; GABRIEL permanece sereno.)

RODRIGO  
Sospéchome que estáis loco.

GABRIEL  
Tal vez.

RODRIGO  
Aunque más bien creo  
que es otro vuestro deseo.

GABRIEL  
¿Cuál creéis?

RODRIGO  
Ir poco a poco  
dilatando la sentencia,  
dando a entender que aún hay más  
que esperar de vos.

GABRIEL

Quizás.

RODRIGO

Pues os protesto en conciencia  
que hoy tendrá fin vuestro afán;

si el rey no manda otra cosa

morís hoy por Espinosa,

o por rey Don Sebastián.

Basta ya de dilaciones;

harto estoy de toleraros

y me es ya en mengua trataros

con tales contemplaciones.

Vos sois un villano artero,

un taimado embaucador

que esperáis suerte mejor

dándoos por un caballero.

¡Un necio que aguarda en vano,

negándose a confesar,

que nunca le han de matar

como a un infame pagano

sin confesión! Mas caéis

en un miserable error:

si no queréis confesor,

sin confesión moriréis.

Y no tenéis que cansaros;

no me habéis de aventajar;

si os obstináis en callar,

yo me obstinaré en ahorcaros.

¿Ahora os reís?

GABRIEL

(Riéndose.)

¡Sí, por Dios!

Y no he muerto ya de hastío

porque, como ahora, me río

mil veces.

RODRIGO

¿De qué?

GABRIEL

De vos.

RODRIGO

¿De mí? En vuestra audacia loca  
os olvidáis, a mi ver,  
que os puedo mandar poner  
una mordaza en la boca.

#### GABRIEL

Verme mudo os diera pena;  
de que es estoy persuadido  
mi voz para vuestro oído  
el cantar de la sirena.  
¡Mordaza! De vuestros fieros  
a pesar, si lo procuro  
de veras, estoy seguro,  
señor juez, de adormeceros.  
Ya me parece, ¡pardiez!,  
que comenzáis a turbaros  
y no he hecho más que miraros.  
Os voy a decir, buen juez,  
lo que pasa en vuestro pecho:  
a fuerza de ir y volver  
sobre quién soy, de mi ser  
un fantasma os habéis hecho.  
Ser superior me imagina  
vuestra razón exaltada,  
y mi voz y mi mirada  
os deslumbra y os fascina.  
Todo se os vuelven antojos;  
si os miro fijo a la cara,  
os turbáis como si echara  
fuego o sangre por los ojos.  
Si en paz llevando mi suerte  
alejo de mí el pesar,  
creéis que voy a evitar  
con algún filtro la muerte.  
Si de vuestros hijos hablo  
y por ellos os pregunto,  
no parece sino asunto  
de vendérselos al diablo.  
Si levanto un poco más  
estando solos la voz,  
cual de una bestia feroz  
teméis, y os echáis atrás.  
Y si al hablarme con saña  
vos, os hablo con violencia,  
os dobláis en mi presencia  
como ante el viento la caña.

Tan hondo y siniestro influjo  
he adquirido sobre vos,  
que, ¡no os lo demande Dios!,  
me estáis suponiendo brujo.  
No parece, Santillana,  
sino que sabéis que puedo  
haceros temblar de miedo  
cuando me diera la gana.  
¿Y no es verdad, don Rodrigo,  
no es verdad que mi semblante  
os está siempre delante;  
que andáis, que soñáis conmigo?  
¿No es verdad que se os alcanza  
que tendrá alguna razón  
al mostrar mi corazón  
tan osada confianza?  
¿No es verdad que todo cabe  
en hombres y que tal vez  
en vuestra vida de juez  
hay algún secreto grave  
que creéis hundido vos  
en la eternidad oscura,  
y que teméis por ventura  
que me lo revele Dios?  
¿No es verdad que cuando a solas  
hablo con vos, don Rodrigo,  
va vuestra alma en lo que os digo  
como nave entre las olas,  
esperando de un momento  
a otro verse sumergida  
por la mar embravecida  
de mi airado pensamiento?  
¿No es verdad que habéis cruzado  
una vez el Portugal  
y cerca de Setubal  
en mitad de un despoblado  
un monasterio habéis visto  
cuya sagrada vivienda  
fue teatro de una horrenda  
profanación?

RODRIGO  
¡Jesucristo!

GABRIEL  
¿No es verdad que cuando clavo

mis ojos en vuestro rostro  
os hieló el alma y os postro  
a mis pies como un esclavo?  
¡De rodillas, Santillana!  
Vuestra vida está en la mía;  
viviréis más que yo un día;  
si yo muero hoy, vos mañana.

RODRIGO  
¡Dios me valga!  
(DON RODRIGO se arrodilla.)

GABRIEL  
¡Calla! ¿Y vos  
lo tomáis como os lo digo?  
Si esto es farsa, don Rodrigo;  
serenaos, ¡vive Dios!

RODRIGO  
¿Conque es decir?...

GABRIEL  
Que divierto  
mi fastidio, Santillana.

RODRIGO  
(Furioso.)  
No haréis lo mismo mañana.

GABRIEL  
(Con calma.)  
Ahorcándome hoy, no por cierto.

### *Escena III*

Dichos, el ALGUACIL.

ALGUACIL  
Su merced el capitán  
Santillana.

GABRIEL  
Que nos cae  
del cielo.

RODRIGO  
Y que el fallo trae  
del rey.

GABRIEL  
Fin de nuestro afán.

*Escena IV*

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

RODRIGO  
¿Traes tú los despachos?

CÉSAR  
Sí.  
Mas ¿qué tenéis, padre?

RODRIGO  
Nada.  
¿Traes la sentencia aprobada?

CÉSAR  
Sí.

RODRIGO  
¿Dónde está?

CÉSAR  
(Dándole un papel.)  
Vedla aquí.

(DON RODRIGO toma, abre y lee el pliego que le da DON CÉSAR y dice llamando:)

RODRIGO  
¡Hola!

(Entran algunos ALGUACILES y el ESCRIBANO.)

Cúmplase la ley.  
Avisad al confesor  
y al verdugo ejecutor

de las justicias del rey.  
Escribano, evacua vos  
la postrera diligencia:  
intimadle la sentencia,  
y que se encomiende a Dios.

CÉSAR  
Señor...

RODRIGO  
¡Silencio! Leed.

ESCRIBANO  
(Empezando a leer.)  
Vista y fallada...

RODRIGO  
(Interrumpiéndole.)  
Adelante.  
La aprobación es bastante;  
fórmulas a un lado, haced.

ESCRIBANO (Leyendo.) «Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino Don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey Don Sebastián; y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey Don Sebastián, antes ha contribuido a hacer creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona, ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que, a su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de Don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fue por Nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de África al monasterio de Belén, donde yace sepultado; aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey y usurpador del nombre del rey Don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.

YO EL REY».



GABRIEL (Con ira.)  
¿Traidor yo, impostor infame?  
¿Muerte a mí con tal afrenta?  
(Serenándose.)  
Que Dios me la tome en cuenta  
cuando a su juicio me llame.  
(Al ESCRIBANO.)  
¿Tenéisme más que leer?

ESCRIBANO  
Nada más.

GABRIEL  
Pues despachemos  
y tiempo no malgastemos.  
Sea lo que haya de ser.

CÉSAR  
(¡Indomable corazón!)

RODRIGO  
(¡Incomprensible fiereza!  
Ni aun inclinó la cabeza  
para oír la intimación.)

GABRIEL  
Alcalde, estáis demudado,  
trémulo..., ¡por vida mía!  
Cualquiera imaginaría  
que erais vos el sentenciado.

RODRIGO  
(Airado.)  
Pronto lo viera. Tenéis  
de vida tres cuartos de hora.

GABRIEL  
Son las cinco y cuarto ahora.

RODRIGO  
Encerradle.

GABRIEL  
(A DON RODRIGO.)  
Hasta las seis.

RODRIGO  
Despejad.

(Llevan a GABRIEL a su encierro y vanse el ESCRIBANO y los ALGUACILES por el fondo.)

*Escena V*

DON RODRIGO, DON CÉSAR.

CÉSAR  
Padre, ¿qué es esto?

RODRIGO  
Que es fuerza que ese hombre muera.

CÉSAR  
Dadle un día

RODRIGO  
Ni siquiera  
una hora.

CÉSAR  
Que dispuesto  
muera al menos cual cristiano.

RODRIGO  
Muera, y sea como fuere.

CÉSAR  
¡Sin confesión!

RODRIGO  
No la quiere;  
es un hereje, un pagano.

CÉSAR  
Padre, estáis ciego de ira.

RODRIGO  
Ira es lo que aparento,  
ira, César; pero miento,  
es terror lo que me inspira

ese hombre de Satanás.  
Y yo, ¡imbécil!, que le daba  
tormento porque no hablaba;  
no, no: que no hable jamás.  
Que le lleven al cadalso  
con una mordaza puesta;  
que no hable con nadie; en esta  
hora cuanto diga es falso.

CÉSAR  
Padre, sospecho ¡ay de mí!  
que se os desvanece el juicio.

RODRIGO  
Es obra de un maleficio.

CÉSAR  
¿Os maleficiaron?

RODRIGO  
Sí.

CÉSAR  
¡Superstición!

RODRIGO  
Ya lo ves;  
Gabriel me malefició,  
y él ha de morir o yo.  
Ya firmó el rey; muera, pues.

CÉSAR  
¡Padre!

RODRIGO  
¡César!... ¡Hijo mío!

CÉSAR  
¿Estáis delirando?

RODRIGO  
¿Alguno  
me escuchó acaso?

CÉSAR  
Ninguno.

RODRIGO

(De mí propio desconfío.)

CÉSAR

Padre, algún mal os acosa;  
tembláis..., estáis demudado.

RODRIGO

Algún vértigo; he velado  
tantas noches de Espinosa  
con el proceso maldito,  
me ha dado tanto que hacer,  
que en mí no estoy hasta ver  
que de en medio me lo quito.  
Mas no fue nada; pasó  
ya, César. Veamos, pues,  
los despachos de la Corte.

CÉSAR

Tomad: aquí los tenéis.

RODRIGO

Ésta es la consulta mía,  
ésta la aprobación del  
consejo; ésta la carta  
de su majestad el rey;  
¿y este otro pliego sellado  
de quién es?

CÉSAR

Yo no lo sé;  
me fue entregado en palacio  
con todos ellos.

RODRIGO

¿Por quién?

CÉSAR

Por el rey mismo.

RODRIGO

A ver: ábrele.

CÉSAR

Una real orden.

RODRIGO

Pues lee.

CÉSAR (Leyendo.) «En nombre del rey.- Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibiereis, y sobreseyendo en su causa, si hubiereis procedido a formarla contra ella, a doña Aurora Espinosa, detenida y a vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma a dicha doña Aurora, como fuere su voluntad.- Madrid, etcétera.- A don Rodrigo de Santillana».

RODRIGO

¿En libertad? No comprendo tal orden del rey.

CÉSAR

Y está bien terminante.

RODRIGO

Y será cumplida. Sigue leyendo.

CÉSAR

Otro pliego para mí.

RODRIGO

Rompe la neta y aparta la cubierta. ¿Qué hay?

CÉSAR

Aquí viene un papel y otra carta.

RODRIGO

Lee.

CÉSAR

Dice el papel así:

(Lee.)

«En nombre del rey.- Otorgamos licencia para dejar el servicio de Su Majestad temporal o absolutamente, como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes, don César de Santillana».

RODRIGO

¿Y para qué?

CÉSAR  
¿Qué sé yo?

RODRIGO  
¿Tú no la has pedido?

CÉSAR  
No.

RODRIGO  
Sigue. (¿Qué es esto? ¡Ay de mí!)

CÉSAR (Lee.) «Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de Su Majestad, conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierra de sus dominios y mares guardados por su real marina, a doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima».

RODRIGO  
¡Ira de Dios! Todo ahora  
lo comprendo.

CÉSAR  
¿Qué es, señor,  
lo que comprendéis?

RODRIGO  
Tu amor,  
¡desventurado!, a esa Aurora.

CÉSAR  
Es cierto: un amor profundo;  
mas no os traiga con cuidado,  
que es el más desesperado  
que hubo jamás en el mundo,

RODRIGO  
¿Lo ves? ¡Ah! También a ti  
te han maleficiado; pero  
responde, César. Yo quiero  
saberlo ya todo; di.  
Tú con ella en connivencia,  
huir con seguridad  
queriendo, su libertad  
conseguiste y tu licencia.

CÉSAR  
No, a fe mía.

RODRIGO  
Sí, arrastrado  
por sus sortilegios has  
trabajado en contra mía  
con temeridad impía  
y en favor suyo.

CÉSAR  
Jamás.  
Que tuve siempre confieso  
simpatía misteriosa  
e interés por Espinosa,  
pero no obré en su proceso.  
Amé a Aurora, la amo aún;  
mas mi pasión despechada  
es imposible y no hay nada  
entre los dos de común.  
Mientras viva la amaré,  
pero este amor solitario  
de mi pecho en el santuario  
sólo yo conservaré.

RODRIGO  
¡Otro misterio!

CÉSAR  
Tremendo  
sin duda, padre, mas puede  
conmigo, y mi brío cede  
a su poder.

RODRIGO  
No lo entiendo.

CÉSAR  
Ni yo sé decir más de él  
sino que Aurora, señor,  
no nació para mi amor.

RODRIGO  
¿Quién te ha dicho eso?

CÉSAR

Gabriel.

RODRIGO

¡Infeliz! Es su manceba.

CÉSAR

Quien tal os dijo ha mentido,  
señor.

RODRIGO

Ella misma ha sido.

CÉSAR

¿Ella?

RODRIGO

En la primera prueba  
del tormento.

CÉSAR

¡Cielo santo!  
¿La habéis puesto en el tormento?

RODRIGO

Es débil y habló al momento.

CÉSAR

¡Me paraliza de espanto!  
¿Qué abismo es éste de males  
que por doquier nos circunda?  
¡Qué trama ésta tan fecunda  
de misterios!

RODRIGO

Los fatales  
hilos de esa negra trama  
tan sólo puede romper  
la muerte, y hoy ha de ser.  
Que mueran él y su dama.

CÉSAR

¡Imposible! Mintió.

RODRIGO

¿Quién?



CÉSAR

Ella; no puede tampoco  
ser de Gabriel.

RODRIGO

¿Quieres loco  
volverme?

CÉSAR

No. Sé muy bien  
lo que digo: esa mujer  
es prenda de una venganza;  
sólo con esa esperanza  
la conserva en su poder.

RODRIGO

¿Ella de venganza prenda  
y en su poder? ¡Dios me asista!  
De este arcano ante mi vista  
se aclara la sima horrenda.  
¡Hola!  
(Toca la campanilla y entra un ALGUACIL.)  
En libertad a Aurora  
poned al punto y aquí  
traedla. Escucha, ¡ay de mí!,  
escucha, César, ahora  
un secreto horrible; ese hombre  
que no es nada y que lo es todo,  
de quien de saber no hay modo  
religión, patria ni nombre;  
ese hombre a quien nada espanta,  
cuya altivez nadie doma,  
penitente humilde en Roma,  
peregrino en Tierra Santa,  
soldado en Flandes, marqués  
en Madrid, corso en Venecia,  
que alma y vida menosprecia  
como al polvo de sus pies;  
a quien no rinde el tormento  
y cuyo espíritu fuerte  
ve a un paso de sí la muerte  
y se sonríe contento,  
no es criatura, es fantasma;  
no es vivo, es aparición,  
quimera, ensueño, visión,  
mas que de terror me pasma.

Es un hombre de otra edad;  
un hombre que estando muerto  
halló su sepulcro abierto  
y huyó de la eternidad  
mis pasos para seguir;  
es la sombra de otro ser  
que sale a la tierra a ver  
nuestra sepultura abrir.

CÉSAR

¡Ay de mí! El continuo afán  
del proceso de Gabriel  
os hizo concebir de él  
esas quimeras que están  
trastornándoos la razón.

RODRIGO

Dices bien..., sí..., no comprendas  
jamás las causas horrendas  
de mi ruin superstición.

*Escena VI*

DON RODRIGO, DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

AURORA

¡Libre!... Jamás esperé  
que nos olvidara Dios;  
(A DON CÉSAR.)  
ni de haber fiado en vos  
jamás me arrepentiré,  
pues duda no queda en mí  
de a quién debo, capitán,  
la libertad que me dan,  
cuando os vuelvo a ver aquí.

RODRIGO

Despeja. Escuchad, Aurora.

AURORA

¿Por qué le mandáis salir?

RODRIGO

Porque nadie debe oír

nuestras palabras ahora.

AURORA

¡Dios mío! ¿Qué extraño afán  
os agita? ¿Es por ventura  
mi libertad impostura?  
¡Ah! No os vayáis, capitán;  
quiere volverme tal vez  
al tormento.

RODRIGO

Oíd os digo:  
sois libre, y yo vuestro amigo.

AURORA

¿Cabe entre el reo y el juez  
amistad? ¿Entre el verdugo  
y la víctima? Jamás  
os conoceré por más  
que por juez.

RODRIGO

¡A Dios no plugo  
que fuese de otra manera!  
Mas acaso desde ahora  
variéis de opinión, Aurora.  
(Vuelve a DON CÉSAR, que permanece en pie junto a la puerta.)  
¿Qué esperáis vos? Idos fuera.

(Vase DON CÉSAR.)

*Escena VII*

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

RODRIGO

Nada receléis de mí,  
pobre niña. En libertad  
estáis; vuestra voluntad  
no tendrá ya coto aquí.  
Serenaos, pues; oídme,  
Aurora, y por cuanto améis  
ruégoos que me contestéis  
la verdad.

AURORA

Pues bien, decidme  
vos en conciencia primero:  
¿mi libertad se me dio  
con la de Gabriel? Si no  
es así yo no la quiero.

RODRIGO

Sólo depende de vos  
la libertad; si un secreto  
me aclaráis vos, os prometo  
la libertad de los dos.

AURORA

¿Es mío sólo el secreto  
que me pedís?

RODRIGO

Sí, en verdad.

AURORA

¿Y vale la libertad  
de Gabriel?

RODRIGO

Me comprometo  
a dársela.

AURORA

Preguntad.

RODRIGO

¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado  
vivís?

AURORA

Desde muy niña.

RODRIGO

¿Y qué memoria  
de vuestra infancia conserváis?

AURORA

Apenas  
una vaga memoria me ha quedado

de aquellas horas al pesar ajenas.

RODRIGO

No espero yo que recordéis la historia  
de vuestra infancia, cuya edad se olvida  
pronto y muy fácilmente con las penas  
o los placeres de la inquieta vida;  
mas del lugar en donde habéis nacido  
donde pasasteis los primeros años,  
tendréis alguna idea.

AURORA

Muy confusa;  
tal, que puedo decir que la he perdido  
mezclándola después con mil extraños  
recuerdos posteriores.

RODRIGO

¿De manera  
que imposible os será, pues lo rehúsa  
vuestra memoria ya, la más ligera  
noticia dar de vuestra edad primera?

AURORA

Tan imposible no. ¿Quién en su mente  
a un recuerdo infantil no da guarida?  
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente  
hacia las puertas de oro de la vida?  
¿Quién no recuerda en ocasión alguna  
el pobre hogar o la lujosa estancia  
cuya techumbre guareció en su infancia  
el dulce sueño que gozó en la cuna?

RODRIGO

¿Vos recordáis ese lugar?

AURORA

Sin duda;  
mas no por la virtud de mi memoria  
sola; tan fiel en esa edad no cabe  
tenerla. Sé de mi infantil historia  
lo que fui recordando con ayuda  
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

RODRIGO

¿Gabriel la sabe?

AURORA  
Sí.

RODRIGO  
¿Y os la ha contado?

AURORA  
Incompleta.

RODRIGO  
(También la habrá engañado.)  
Mas yo quiero saber sólo la idea  
que hayáis vos en la mente conservado.

AURORA  
Tengo, aunque muy confuso, algún recuerdo.

RODRIGO  
¿De qué?

AURORA  
De mil objetos.

RODRIGO  
Aunque sea  
en confusión, decídmelos.

AURORA  
Me acuerdo  
de una ribera donde yo cogía  
yerbezuelas y conchas; del rugiente  
mar, que sus ondas sin cesar mecía;  
de un monasterio triste y solitario  
fundado al pie de un monte, y vagamente  
me acuerdo de la iglesia, con su coro  
enverjado, sus techos con pinturas,  
su altar lleno de flores, su sagrario  
iluminado con mecheros de oro;  
y me acuerdo también, porque me daban  
miedo, de las inmóviles figuras;  
de mármol que tendidas reposaban  
encima de sus anchas sepulturas.

RODRIGO  
¿Qué monasterio era ese?

AURORA  
Era un convento  
de monjas.

RODRIGO  
¿Qué país?

AURORA  
No lo he sabido  
nunca.

RODRIGO  
¿Jamás Gabriel os ha contado  
lo que hacíais allí? ¿Quién conducido  
os había a aquel claustro?

AURORA  
No ha querido  
decírmelo jamás; sé que aposento  
tenía allí mi madre y que he pasado  
los tres primeros años de mi vida  
allí.

RODRIGO  
¿Con ella?

AURORA  
Sí.

RODRIGO  
¿De vuestra madre  
os ha hablado Gabriel?

AURORA  
Mil y mil veces.

RODRIGO  
¿La recuerda a menudo?

AURORA  
No la olvida  
jamás; y sé que en sus nocturnas preces  
le reza como a mártir.

RODRIGO

¿Sabéis de ella  
la historia, el nombre, la familia?

AURORA

Sé que fue un día festejada y bella  
y luego escarnecida y ultrajada.  
Sé que el relato de su triste historia  
es una horrible e infernal leyenda  
que conserva Gabriel en su memoria  
de expiación y de venganza prenda.

RODRIGO

¿Y qué es lo que sabéis de ese relato  
vos?

AURORA

Yo, nada tal vez y acaso todo;  
porque sus hechos sé, mas nunca supe  
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

GABRIEL

Pero, en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?

AURORA

Sé que era noble dama; que vivía  
en la corte de un rey a quien la unía  
una amistad profunda y verdadera;  
que era para aquel rey casi una hermana,  
pues juntos cuando niños se criaron  
y fraternal amor constantemente  
uno a otro los dos se conservaron.  
Sé que era cuanto rica generosa,  
y que el encanto de las gentes era  
por su virtud y ciencia prodigiosa;  
que el vulgo la quería,  
la corte la admiraba  
y con ella secretos no tenía  
el rey, que como hermana la trataba.

RODRIGO

¿Mas ese rey?...

AURORA

Murió.

RODRIGO



¿Cómo?

AURORA

En la guerra;  
y concluyó con él su dinastía,  
y otro rey vino a gobernar su tierra,  
y a otras manos pasó su monarquía.

RODRIGO

¿Y vuestra madre entonces?...

AURORA

Fue mirada  
como enemiga del monarca nuevo,  
y al fin de algunos meses acusada  
de traición; por diabólica su ciencia  
tomaron y la dieron por culpada,  
diciendo que hizo creer que el rey vivía  
no sé a quién, a favor de un sortilegio  
mostrando a sus conjuros evocada  
la aparición de su fantasma regio.

RODRIGO

¿Y después?

AURORA

¡Oh! Después..., eso es lo horrible  
de la historia, señor. Se apoderaron  
de ella, de su palacio, de su hacienda,  
los vendieron, sus armas infamaron,  
y ocupó un extranjero su vivienda,  
y su nombre y su raza se olvidaron.

RODRIGO

¿Y ella?

AURORA

Como las hojas del otoño  
desapareció de encima de la tierra,  
y en ella más los hombres no pensaron,  
sólo pensando en libertad y guerra.

RODRIGO

¿Pero vos?...

AURORA

No lo sé... Sé que mi madre,  
pobre, triste, ofendida y no vengada,  
en aquel solitario monasterio  
tejía su existencia desdichada,  
y yo existía ya, bajo el misterio  
de aquellas santas bóvedas velada.

RODRIGO  
¿Y luego?

AURORA  
No sé más.

RODRIGO  
¿Gabriel no os dijo  
nada de vuestro padre?

AURORA  
Le tenía  
siempre por padre a él, y él me quería  
más que el padre mejor quiere a su hijo.

RODRIGO  
¿Pero cómo supisteis?...

AURORA  
En su sueño  
sorprendí su secreto; y como era  
necesario su amor de una manera  
u otra, el amor filial hallé pequeño,  
y del amor de la mujer y el niño  
formé para Gabriel solo un cariño.

RODRIGO  
Pero al saber que vuestro padre no era,  
¿no preguntasteis vos?...

AURORA  
Quién era el mío.

RODRIGO  
¿Y qué dijo Gabriel?

AURORA  
Que él lo sabía,  
mas que de él a acordarme no volviera,

porque mi amor filial no merecía.

RODRIGO

Siempre merece un padre...

AURORA

No lo ha sido  
jamás el mío para mí.

RODRIGO

¡Aurora!

AURORA

¿Creéis que una razón me fue bastante  
para echar su memoria en el olvido?  
Insistí, porfié, lloré, y ahora  
sé que nunca mi amor ha merecido,  
Sé que me echó a la vida despojada  
de su nombre, y sin pan y sin abrigo.  
Sé que dejó a mi madre deshonrada,  
en medio de la tierra abandonada  
para llorar y perecer conmigo.

RODRIGO

¿Y creéis a Gabriel?

AURORA

¿Qué si le creo?  
Es la verdad del cielo descendida;  
su palabra es mi fe, y en esta vida  
por su fe juzgo, por sus ojos veo.

RODRIGO

¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono  
de vuestro padre?

AURORA

Nada; y si lo hubiera,  
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

RODRIGO

¿Es decir?...

AURORA

Que es mi padre y le perdono  
como amor exigir de mí no quiera.

Mi madre, que al dolor ha sucumbido,  
de Dios le aguarda ante el excelso trono.  
Yo a quien sólo dio el ser nada le pido;  
pero como él nos olvidó le olvido;  
como él me abandonó, yo le abandono.

RODRIGO  
¿Vive, pues?

AURORA  
No lo sé.

RODRIGO  
¿Mas si viviera?

AURORA  
Como él no me buscó, no le buscara.

RODRIGO  
¿Y si una vez en la vital carrera  
con él os encontrarais?

AURORA  
Le mirara  
sin ira, mas la espalda le volviera.

RODRIGO  
¿Y si al veros partir él os llamara?

AURORA  
De su paterna voz no hiciera caso.

RODRIGO  
¿Y si llorando el mísero os siguiera?

AURORA  
Apresurara sin volverme el paso.

RODRIGO  
Pero ¿y si os alcanzara y os asiera  
de los vestidos él?

AURORA  
Los rasgaría  
dejándole en la mano los pedazos.

RODRIGO

¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

AURORA

Su abrazo paternal rechazaría.

RODRIGO

¿Por qué?

AURORA

Porque mi padre todavía  
no ha ido a orar sobre la tumba oscura  
de mi madre, y Gabriel me dijo un día  
que al querer abrazarnos se abriría  
entre mi padre y yo su sepultura.

RODRIGO

¡Fatal superstición!

AURORA

Tal es la mía.

RODRIGO

(Tal es la ira de Dios. Es un misterio  
impenetrable. Satanás me ciega  
sin duda y nunca a comprenderlo llega  
mi corazón ansioso.)

AURORA

He respondido  
a cuanto preguntarme habéis querido,  
señor; a vos os toca.

RODRIGO

¡Sí, a fe mía!

Vais a ver a Gabriel. (¡Oh!, sí; yo quiero  
apurar este cáliz de agonía.)

(Abre la puerta que da al encierro de GABRIEL, mientras AURORA dice:)

AURORA

Libres al fin... Para Gabriel ahora  
libre será mi corazón entero.

*Escena VIII*

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

RODRIGO  
(A GABRIEL.)  
Espinosa.

GABRIEL  
Heme aquí.

AURORA  
(Viendo a GABRIEL.)  
¡Gabriel!

GABRIEL  
(Abrazándola.)  
¡Aurora!  
¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

AURORA  
La libertad, Gabriel: libres estamos,  
y cual juntos aquí nos han traído,  
juntos espero que de aquí partamos

GABRIEL  
(Pidiendo explicación de estas palabras de AURORA.)  
¡Santillana!

RODRIGO  
(Dándole la orden de su libertad.)  
Leed.

AURORA  
¿Ves?

GABRIEL  
Lo comprendo  
todo: la agitación de don Rodrigo,  
de mi Aurora infeliz la fe tranquila...  
¡He aquí el instante para mí tremendo!  
La hora del martirio y del castigo.  
Señor, Señor... mi espíritu vacila:  
sostenedme hasta el fin..., ¡sed vos conmigo!)

AURORA

¿Qué te agita, Gabriel?... Tu faz sombría,  
tu palidez...

GABRIEL

Un poco conmovido  
estoy, y es natural, Aurora mía.  
Y también vos estáis descolorido,  
Santillana...

RODRIGO

Espinosa, concluyamos.  
Yo os llamé...

GABRIEL

No os canséis: el porqué entiendo.  
¿A solas con Aurora habéis hablado?

RODRIGO

La historia de su madre me ha contado.

GABRIEL

Sólo para que a vos os la contara  
se la he contado yo.

RODRIGO

Toda pretendo  
saberla, pues.

GABRIEL

¡Curiosidad avara!

RODRIGO

Pero que vos satisfaceréis.

GABRIEL

Sin duda:  
Mas puedeos ser satisfacción muy cara;  
porque os advierto, juez, que he observado  
que mis satisfacciones y respuestas,  
por más que yo riendo os las he dado,  
han sido siempre para vos funestas.

RODRIGO

Hablad... hablad.

GABRIEL

¡Si os empeñáis en eso!  
Mas después de tres meses de proceso  
no sé cómo no estáis escarmentado  
de interrogarme ya.

RODRIGO

¡Siempre lo mismo!  
Acabemos, Gabriel.

GABRIEL

Sí, concluyamos;  
hora es de penetrar en este abismo.

RODRIGO

Descender quiero a él.

GABRIEL

Y yo os prometo  
que lo haréis; el momento es oportuno.

RODRIGO

Decid, pues.

GABRIEL

Esperad, que este secreto  
os pertenece a tres, y falta uno.  
Llamad al capitán, que con vos debe  
penetrarlo también.

(Llama RODRIGO y sale un ALGUACIL.)

¡Hola! Don César.

AURORA

¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante,  
en tus palabras y ademanes noto  
siniestra agitación.

GABRIEL

Aurora mía,  
tu corazón amante  
por mí no tenga la inquietud más leve;  
a mis pesares Dios hoy pondrá coto  
y ambos tendremos libertad en breve.  
¿Tú no te olvidarás desde este día  
de tu Gabriel?



AURORA

Jamás. ¿Eso preguntas?  
Juntas caminarán nuestras dos vidas,  
nuestras almas a Dios subirán juntas.

GABRIEL

Sí; ni la muerte las podrá un instante  
mantener una de otra divididas.

AURORA

¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

RODRIGO

Ya está aquí el capitán.

GABRIEL

Silencio, Aurora.

*Escena IX*

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

GABRIEL

¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.  
Voy muy pronto a emprender un largo viaje  
y un encargo dejaros he querido.

CÉSAR

¡Un viaje!

GABRIEL

Sí; estoy libre; me parece  
que el portador de la orden habéis sido.

CÉSAR

(¡Ay de mí! La infeliz aún nada sabe.)

GABRIEL

Decidme, capitán, ¿me habéis traído  
un pliego de Madrid?

CÉSAR

Tomadle.

GABRIEL

Bueno;  
guardadlo por ahora. En esa carta.  
de un gran misterio encontraréis la llave.

(A DON RODRIGO.)

Vos sois algo curioso y no me fío  
de vos; sois padre y juez; os la confío,  
capitán, sólo a vos. Cuando yo parta,  
dádsele a vuestro padre y que la lea.  
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea  
ni un solo minuto antes.

CÉSAR

Os lo juro.

GABRIEL

Vuestra palabra sola es buen seguro.  
Además, por si acaso no volvemos  
a vernos, pues yo parto con Aurora  
del mundo terrenal a otros extremos,  
quiero un regalo haceros en memoria  
de nuestro buen encuentro en esta vida,  
que os será complemento de mi historia  
y prenda de amistad y despedida.  
(Saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.)

RODRIGO

(Esa calma satánica me aterra.)

AURORA

(Tiemblo no sé por qué.)

CÉSAR

(No es ser humano  
quien así se despide de la tierra.)

GABRIEL

Tomad. Es, capitán, un amuleto  
sagrado; don del Papa: un relicario:  
que un *lignum crucis* venerado encierra  
y guarda como el pliego otro secreto.  
Con el respeto mismo que a un sagrario  
contempladle, y lo mismo que la carta  
se le daréis al juez... cuando yo parta.

(A DON RODRIGO.)

Abridlo sólo vos: es mi conciencia  
y Dios sólo con vos sondarla debe;  
en ella echad una ojeada breve  
y reconoceréis la omnipotencia.  
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana,  
esperad a que muera, Santillana.)  
¡Ea! Ya que se acerca mi partida,  
escuchad, señor juez, el cuento extraño  
que queráis saber, y por mi vida  
que oiréis una historia divertida.

RODRIGO

(Yo tiemblo.)

GABRIEL

Oídmeme, pues. La escena pasa  
no importa el día, la estación, ni el año,  
de noche, en Setubal, y en una casa.

RODRIGO

(¡Cielos!)

GABRIEL

Temblando estáis si no me engaño,  
Santillana.

RODRIGO

Seguid.

GABRIEL

En hora buena.  
En una alcoba cómoda, alumbrada  
por una lamparilla perfumada  
con asiático aroma, bien ajena  
el alma de inquietud y bien guardado  
por leales domésticos, el dueño  
de aquella rica estancia descuidado  
yacía en brazos de agradable sueño.  
Era un hombre harto noble y poderoso  
para que no tuviera por asilo  
muy seguro su casa, y al reposo  
se entregaba en su cámara tranquilo.  
Una noche creyó sobresaltado,  
a pesar de lo doble de la alfombra,  
pasos del lecho percibir al lado.

Abrió los ojos y miró espantado  
trazarse en la pared movible sombra:  
volvió la faz y con la faz de seda  
se tropezó de un hombre enmascarado.  
Frío quedó, ¡como el cadáver queda!  
«Levantaos», le dijo con acento  
imperioso el incógnito; y vistióse  
la bata que él le daba. «A este aposento  
salid». Obedeció y enfrente hallóse  
de dos hombres plantados a la puerta,  
una dama como ellos encubierta  
y un sacerdote pálido, y tenaces  
sintió pesar sobre su frente yerta  
las miradas ardientes y voraces  
lanzadas a su frente descubierta  
a través de los negros antifaces.  
Entonces de estos hombres el primero,  
de la sombría dama el velo alzando,  
«¿la conocéis?», le dijo; y él temblando  
«sí», respondió. «Pues bien, sed caballero»,  
repuso el disfrazado; y avanzando  
el grave sacerdote se dispuso  
a unirle con la dama en matrimonio,  
mientras el de la máscara se puso  
a escribir en silencio el testimonio.  
El despertado resistirse quiso,  
pero su daga el disfrazado al pecho  
le presentó y ceder le fue preciso;  
firmó y el matrimonio quedó hecho.  
Partió la dama y los demás con ella.  
Mas quedóse el primer enmascarado  
y dijo gravemente al despertado:  
«Tenéis una mujer ilustre y bella,  
gracias a mí y a vuestra buena estrella,  
que os hizo viudo para ser casado;  
le quitasteis la honra y habéis dado  
nombre a sus hijos; mas seguid su huella  
y morís, ¡os lo juro!, asesinado».  
Dijo así el de la máscara y partióse  
con los demás; y de la casa el dueño  
en medio de la cámara quedóse  
dudando si era realidad o sueño.

RODRIGO

Tremenda realidad.

GABRIEL

(Apartándole a un lado.)

Sí, don Rodrigo;  
la dama, doña Inés, vos el casado.

RODRIGO

¿Y vos, señor?...

GABRIEL

El hombre enmascarado.

RODRIGO

Tal vez Dios permitió...

GABRIEL

Lo habéis soñado.

RODRIGO

¿Y si el sueño es verdad?

GABRIEL

Silencio, digo.

Que ellos no os oigan, que la faz no os vean;  
sueño o verdad, que sepultados sean  
con vos el sueño, la verdad conmigo.

RODRIGO

Pero mi alma concibe en este punto  
que ese arcano fatal guardar podría  
una verdad.

GABRIEL

Os dije que era asunto  
concluido. Escuchadme: si yo fuera  
el rey Don Sebastián, morir debía  
por la quietud del reino, y mi alma entera  
ser mártir a ser rey preferiría.  
Si soy un impostor y perjudico  
con mi existencia la quietud de España,  
debo morir también, debo una hazaña  
de mi impostura hacer y sacrificio  
mi vida a sostener esta patraña  
que mi historia desde hoy hará famosa.  
¿Me comprendéis?

RODRIGO

Señor, yo no me atrevo  
dudando...

GABRIEL

Ahogad la duda; morir debo  
si no por Sebastián, por Espinosa,  
y deben sepultarse, don Rodrigo,  
con vos el sueño, la verdad conmigo.  
No lo olvidéis.  
(Vuelven al centro de la escena.)

AURORA

¿No sigues tu leyenda,  
Gabriel? No está acabada.

GABRIEL

No por cierto;  
para leer su conclusión horrenda  
de vuestros ojos quitará una venda  
el juez cuando haya el relicario abierto.

*Escena X*

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON CÉSAR, DON RODRIGO, el DOCTOR N,  
ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, SOLDADOS. Después, el VERDUGO.

ALGUACIL

Las seis.

GABRIEL

Partamos, pues.

AURORA

¡Virgen María!  
Gabriel, ¿qué es esto?

GABRIEL

Mi destino, Aurora.

AURORA

¡Tu destino!... ¡Mi mente se extravía!

ALGUACIL

(Anunciando.)

El verdugo del rey.  
(Se presenta el VERDUGO con el dogal en la mano.)

AURORA  
¡Dios mío! ¡Ahora  
lo comprendo! ¡Ay de mí!...  
(Se desmaya en los brazos de DON CÉSAR, que la coloca en el sillón.)

CÉSAR  
¡Mísera!

GABRIEL  
El día  
concluye. Vamos pues; me faltaría  
valor para dejarla si volviera  
en sí. Pronto, marchemos.

DOCTOR  
(A GABRIEL, poniéndose a su lado.)  
Vos conmigo.

GABRIEL  
Es inútil.

DOCTOR  
Mirad.

GABRIEL  
Todo es en vano.

DOCTOR  
¿Sin confesión iréis?

GABRIEL  
Ha que os lo digo  
cuatro semanas ya.

DOCTOR  
¿No sois cristiano?

GABRIEL  
Porque le soy, si a confesarme accedo  
os tendré que decir lo que no puedo.  
Velad por ella, capitán; se encierra  
en ella sola cuanto amé en la tierra.

RODRIGO

Señor...

GABRIEL

No os fatiguéis; empresa es vana.  
Llegó, rey o impostor, mi último día  
y moriré cual debo, Santillana.  
Si impostor, con impávida osadía,  
y si rey, con fiereza soberana.  
(Vase, y todos tras él.)

*Escena XI*

DON RODRIGO, DOÑA AURORA, DON CÉSAR.

RODRIGO

A concebir mi mente no se atreve  
de la verdad el espantoso arcano.  
Por ser y por no ser perecer debe,  
sí; pero no mi desdichada mano  
a ciegas al patíbulo le lleve.  
César, dame esa joya.

CÉSAR

Cuando muera.

RODRIGO

Sepamos antes la verdad entera,  
César.

CÉSAR

Padre, excusad vana porfía;  
con su secreto perecer quería  
y he de cumplir su voluntad postrera.

RODRIGO

¡César!

CÉSAR

Se lo juré

AURORA

(Volviendo en sí.)  
¡Ay! ¿Quién hablaba



aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible pesadilla!

CÉSAR  
(¡Infeliz!)

AURORA  
Sí, yo soñaba  
sin duda... ¡Eran quimeras! Mas... qué horrible sospecha! Ese silencio... Esa tristeza...  
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamientos no acierto a combinar en mi cabeza.  
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos hace. ¿Y Gabriel? Decid: ¿dónde está ahora?  
¿Dónde está? Yo he soñado que venían por él. Mas ¡qué rumor!

(Ruido de voces dentro; DOÑA AURORA se abalanza a la ventana, que abre, a pesar de DON CÉSAR, que intenta impedirselo.)

CÉSAR  
Tened, Aurora:  
tened, no os asoméis.

AURORA  
¡Ah! Me querían  
engañar.  
(Se asoma.)  
Allí va.- Luces, soldados,  
gente... ¡Ay! Yo veo, pero no concibo lo que veo... Me envuelve el pensamiento una niebla, un vapor calenturiento, y no sé comprender lo que percibo.  
Allí va. ¿Pero dónde se le llevan sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!  
¿Qué palos son aquellos que se elevan allí? ¿Quién es aquel que con él sube?  
¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.  
¡Dios mío! Rasga la sangrienta nube que me ofusca la mente... Un sacerdote.  
¡Ah! Le van a matar... ¡Desventurados, deteneos!... ¡Gabriel!... ¡Y yo, insensata, que lo miraba estúpida! Malvados, tened... Las manos sin oírme le ata...  
(Volviéndose de repente a DON RODRIGO.)  
Pero vos, ¡miserable!, que sois hombre,

venid... gritad... gritad, alma cobarde,  
conmigo... ¡Deteneos! Santillana,  
gritad; a mí no me oyen, ¡en el nombre  
de Dios! Gritad...le quitan la escalera...  
Gritad.

RODRIGO

Sí, que se salve aunque yo muera.  
(Se acerca a la ventana y grita.)  
¡En el nombre del rey!...

AURORA

(Cayendo de rodillas junto a la ventana.)  
¡Ay! ¡Es ya tarde!

CÉSAR (

Dando el relicario a DON RODRIGO.)  
Tomad: sepamos la verdad postrera.

(DON RODRIGO toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da DON CÉSAR. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto; el pliego varios papeles. Lo primero que lee DON RODRIGO es el papel del relicario; después registra con ansia los papeles del pliego y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. DOÑA AURORA permanece tinos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman DON RODRIGO y DON CÉSAR.)

RODRIGO

(Leyendo.)  
«En el nombre de Dios. Quienquier que fueres  
juez, sacerdote o asesino, pena  
de excomuni3n, después que lo leyeres  
arroja al fuego este papel. El muerto  
ha sido el rey Don Sebastián».

AURORA

¡A buena  
hora lo ves, imbécil asesino!

RODRIGO

(Registrando el pliego.)  
Mi firma. Una escritura..., mi contrato  
de boda...  
(Desenvuelve el retrato.)  
Y ésta, doña Inés Aldino.

AURORA

(Quitándoselo.)

¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

RODRIGO

(Teniéndole los brazos.)

¡Hija mía!

AURORA

(Rechazándole.)

¿Tu hija?... Eso tan sólo  
me faltaba. ¡Hija tuya! ¡Alucinarme  
quieres con ese nombre! Mas el dolo  
miserable comprendo. No lo intentes.  
Tú no has podido la existencia darme.  
Mientes, viejo feroz; dime que mientes.  
Tú para que su muerte te perdone  
me llamas hija tuya; mas te engañas;  
nada hay en mí que tu maldad abone;  
para ti sólo fray odio en mis entrañas.

RODRIGO

(De rodillas.)

¡Hija mía!

AURORA

¡Otra vez! No me lo digas,  
no me lo expliques; comprender no quiero  
que el ser infame que en tu seno abrigas  
me pudo dar el ser. Muerta primero.

RODRIGO

(Asiéndola del vestido.)

¡Calla, hija mía!

AURORA

Suelta, no me sigas.

RODRIGO

¡Huyes de mí!

AURORA

Por siempre.

RODRIGO

¿Me abandonas?

AURORA

Como a mi madre tú.

RODRIGO

¿Nada en mi abono  
te dice el corazón? Que me perdonas  
dime.

AURORA

Mi madre contra ti ante el trono  
de Dios venganza pide.

RODRIGO

¡Horrendo encono!

AURORA

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas  
del infernal rencor que arde en mis venas?  
La que tiene tu sangre en sus entrañas  
sólo puede tener sangre de hienas.  
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.  
Mi padre era Gabriel, y su asesino  
y el de mi madre, tú.

RODRIGO

Pero el destino  
te une hoy a mí.

AURORA

(Desprendiéndose de él.)  
Lo intentarás en vano.  
Muerta mejor que a tu existencia unida.  
Reniego, huyo de ti; mi ser olvida  
y el nombre de hija que tan mal empleas;  
y ¡ojalá que infeliz como yo seas!  
Y ¡ojalá en mi lugar, fiero homicida,  
de mi madre y Gabriel junto a ti veas  
la doble aparición toda tu vida!

(DON RODRIGO cae desplomado. DOÑA AURORA se va por la puerta del fondo.  
DON CÉSAR la sigue tristemente. Cae el telón.)

FIN